

The book cover features a dark, textured background with several large, stylized green leaf cutouts scattered across it. The leaves have a simple, rounded shape with a white outline. The title is printed in a bold, white, serif font, centered on the cover. The author's name is printed in a smaller, white, sans-serif font at the bottom.

LA
ORACION
DEL
CORAZON

Jean Lafrance

Jean Lafrance

La oración
del
corazón

Tercera edición

NARCEA, S. A. DE EDICIONES
MADRID

Índice

Introducción	9
1. La peregrinación al corazón: la conversión.....	17
2. La verdadera naturaleza del hombre es oración.....	33
3. El hombre en marcha hacia la oración continua.....	47
4. El hombre en estado de oración ininterrumpida.....	65
5. El verdadero amor al prójimo.....	77
Conclusión	91
Anexo I. La valentía en la oración.....	97
Anexo II. «Padre, ¿quién te ha enseñado la oración continua?».....	99

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES.
Doctor Federico Rubio y Galí, 9. 28039 Madrid

Traduce: José F. de Retana

Depósito legal: M. 31.113.—1984
ISBN: 84-277-0433-X

Impreso en España. Printed in Spain
Artes Gráficas Benzal, S. A. - Virtudes, 7 - 28010 Madrid

Introducción

Al empezar estas páginas, quiero hacer una pregunta al lector: «¿Has sorprendido alguna vez a tu corazón en flagrante delito de oración?» Evoco aquí una experiencia muy concreta que todos nosotros hemos realizado alguna vez a lo largo de nuestra vida, ya sea al encontrar a un auténtico hombre de oración, ya sea al leer un libro que nos sumerge de golpe en el misterio de la relación del hombre con Dios. Los escritos de Silvano tienen este efecto sobre mí; no puedo leerlos sin que la oración se apodere inmediatamente de todo mi ser y que no me abandone. Una madre de familia me confesaba un día que se sentía invadida por «bocanadas de oración» en medio de sus ocupaciones domésticas, en tanto que la oración le resultaba seca y difícil.

Cuando hacemos esta experiencia, sube inmediatamente a nuestra conciencia aquella palabra de los peregrinos de Emaús: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc. 24, 32). ¿Qué es lo que sucede? Ninguna psicología humana puede decirlo. Hay momentos en nuestra vida en los que presentimos el reino de los cielos, en los que la puerta secreta de nuestro corazón se abre para que brote la oración. Imaginad una persona que hubiera vivido hasta los veinte años una experiencia de amistad, que no hubiera vuelto a ver a su amigo y que, por espacio de un segundo, viera surgir su rostro como algo muy fugaz, muy secreto, pero muy fuerte a la vez. Es la misma experiencia de quien se acerca al mar: la atmósfera no es ya la misma, está cargada de yodo. Es el viento del cielo, el soplo del Espíritu Santo.

Todos hemos sentido un día su paso; y esto es lo que puede llevarnos a Dios y comunicarnos el gusto y el deseo de la oración. No se aprende a orar con raciocinios. No se adentra uno en la vida de oración porque esté convencido de que es más perfecto, sino porque no se puede obrar de otra manera. Como san Pablo después de la experiencia del camino de Damasco cuyo problema no era saber cómo encontrar a Dios, sino cómo soportar hasta el día de su visita; no se trataba de buscarle, sino de dejarse buscar y encontrar por él. Entonces comprendió que sus deseos eran ridículos frente a la realidad del rostro del resucitado.

Un corazón de oración

Esto, en el fondo, viene de la vida trinitaria escondida en nuestro corazón. Por unos instantes, una «bocanada» de esta vida perdida en el fondo de nuestro ser sube a la conciencia y nos proporciona el gusto, o el aliciente, el amor por la oración. Para hablar de la oración, es preciso hablar antes de la vida trinitaria escondida en el corazón del hombre. Lo que complica el desarrollo de esta vida y frena la máquina, es que gime en un corazón de piedra. Si no llegamos a orar bien, no es por falta de tiempo ni por las distracciones, sino por nuestro corazón de piedra, prisionero de un «cuerpo de muerte» (Rom. 7,26).

La oración de la que queremos hablar a lo largo de este libro es poco más o menos equivalente a lo que los Padres orientales han llamado «oración del corazón», oración que busca su fuente y sus raíces en el fondo mismo de nuestro ser, más allá de nuestro espíritu, de nuestra voluntad, de los afectos y aun de las técnicas de la oración. Por la oración del corazón, buscamos al mismo Dios o las energías del Espíritu en las profundidades de nuestro ser, y lo encontramos invocando el nombre de Jesús en fe y amor.

El nombre de Jesús es como un «dardo», una flecha, que atraviesa nuestro corazón y libera la gloria del resucitado, escondida en nosotros por el bautismo. Cuando hablamos de un encuentro con Dios, hay que entender bien los términos de la experiencia mística. En efecto, el hombre no puede participar de la esencia de Dios (entonces sería Dios), pero puede entrar en comunión real con las operaciones y las energías de Dios.

La comunión no es ni sustancial (caso del panteísmo), ni hipostática (caso único de Cristo), sino energética, y en sus energías-operaciones, Dios está totalmente presente¹.

Cuando decimos que el hombre debe descubrir la oración del corazón, estamos pensando en las energías del Espíritu que habitan en su corazón (Rom. 8, 9-11) para transfigurarle. El mismo cuerpo participa de esta transfiguración en el momento en que es renovado, transformado y santificado por el poder del Espíritu. Renacer de Dios, es como haber sido renovado y refundido en el seno mismo de la Trinidad; es como haber vuelto al mundo, después de haberse bañado en un agua profunda y luminosa, la de la verdad del Dios-Amor (Jn. 3). En el fondo es tomarse en serio la gran afirmación de Pablo: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios? Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor. 6, 19-20). Entonces la oración se desintelectualiza, se identifica con el ser físico y se adhiere al ritmo de la respiración.

Esto puede parecer extraño a los occidentales. Como consecuencia de nuestra mentalidad cartesiana, tenemos tendencia a imaginar al Espíritu Santo como un Espíritu que fuese, en cierto modo, connatural a la realidad de la inteligencia en el hombre, mientras que de hecho el Espíritu Santo, al ser Dios, trasciende a la vez la inteligencia del hombre y su naturaleza corporal, y puede santificar y transformar realmente lo mismo el cuerpo que el alma. Por eso, aunque nos parezca raro y extraño, un gran espiritual egipcio del siglo VI, san Barsanuvo, estaba en un estado tal de transparencia ante Dios, que apenas podía soportar la presencia humana. Era de tal manera poroso a lo invisible, a pesar de ser tan vulnerable, que podía entender muy profundamente a los que acudían a él y responderles de una manera totalmente apropiada. Vivía retirado, era un padre espiritual, y poseía el discernimiento de espíritu. Oriente llama a estos hombres, padres *teóforos* o *neumatóforos*.

Estos hombres habían encontrado la oración del corazón y cumplían a la letra el consejo de Pablo: «Orad constantemente. En toda dad gracias» (1 Tes. 5, 17-18). Una de las mayores gracias que un hombre puede obtener en este mundo es descubrir que,

¹ EVDOKIMOV, P.: *L'amour fou de Dieu*, Seuil, Paris, 1973, pág. 48.

en el deseo único de Cristo, puede vivir a gusto en todas partes y descubrir a Dios en toda ocasión... En esta línea hay que orar los versículos 4 a 9 del capítulo 4 de la carta a los filipenses que constituyen el «color de fondo» de este libro. Si no hemos llegado a ello es porque no hemos descubierto la oración del corazón. Tenemos miedo de llegar a esta sencillez, porque queremos que nuestra oración se encuadre en un marco bien organizado. Es preciso mucho tiempo para llegar a la sencillez en la oración, y para llegar a olvidarnos de nosotros mismos, para elegir lo que conviene a nuestra oración. ¿Me ayuda esto a encontrar a Dios? Esta es la única pregunta que me debo hacer. La unidad vendrá del corazón que no saborea sus alegrías ni se detiene en sus tristezas, sino que encuentra a Dios en todas las cosas en un movimiento de abandono.

Muy a menudo, tratamos de realizar la oración fuera de nosotros y tratamos de crearla a partir de las palabras o de las ideas, o la buscamos por encima y alrededor de nosotros en los «gruesos volúmenes» que describen las técnicas de la oración. Mientras intentemos hacer brotar nuestra oración del exterior, nunca llegaremos a orar en verdad y siempre.

El hombre debe descubrir un día que lleva en sí un «corazón de oración». Como lo dice muy bien André Louf a propósito de un monje «a quien la oración ha invadido totalmente y que le ocupa de continuo».

Hoy, dijo, tengo la impresión de que desde hace años yo llevaba la oración en mi corazón, pero no lo sabía. Era como un manantial que estaba tapado por una piedra. En un momento dado, Jesús quitó la piedra y entonces la fuente se ha puesto a manar y sigue manando continuamente ².

Es preciso, pues, descubrir «el hombre oculto del corazón» según la bella expresión de san Pedro (1 Pe. 3,4) hablando de la situación del hombre nuevo. San Bruno hablará del «corazón profundo». Más adelante decimos que el hombre lleva, escondido en el fondo de su corazón, la energía de la resurrección, el dinamismo del Espíritu Santo, que no es otra cosa que la gracia bautismal que nos hace «participantes de la naturaleza divina» (2 Pe. 1,4).

² LOUF, A.: *El Espíritu ora en nosotros*. Narcea, Madrid, 1979, pág. 25.

Hemos bajado al infierno con Cristo, en las aguas de muerte que se han convertido en aguas luminosas, y hemos sido revestidos de su resurrección, es decir del poder de su gloria. Con tal de que llevemos en nuestro inconsciente, no sólo el subconsciente freudiano, que es un infraconsciente, sino un supraconsciente que es la energía divina, la gracia bautismal.

Un germen de oración

En estas profundidades, en las que descansa la gracia bautismal, es donde presentimos que nuestro corazón está habitado por un germen de oración. San Juan Crisóstomo dice que cuando el hombre recibe el bautismo, se ilumina con esta gracia, y si lo recibe siendo adulto, siente esta iluminación, pero escapa en seguida al inconsciente. El quehacer del cristiano consiste en acoger y hacer resurgir, en una conciencia existencial, esta gracia bautismal que se encuentra en cierta manera escondida en las profundidades de la vida corporal. De modo parecido a como una fuente oculta alimenta el surtidor del estanque. ¿No es acaso esto lo que explica en nuestra vida estas «bocanadas de oración» que suben a nuestra conciencia clara, en el momento en que menos lo pensamos y cuando, aparentemente, no oramos de manera consciente?

Para esta tradición, la santidad se da en las profundidades de nuestro ser corporal que está saturado de santidad porque está injertado en el cuerpo deificado y deificante de Cristo. Por el contrario, nuestra alma es una loca que se prostituye y se adultera (haciéndose adulta), y a la que hay que guiar. La invocación continua del nombre de Jesús conduce a nuestra alma a su envoltura, su realidad corporal, al abismo del corazón donde vive el Señor Jesús. Como dice Jesús, es preciso convertirse para volver a ser un niño nacido del agua y del Espíritu.

El cristiano vive muy a menudo como un autómatas o adormecido y se olvida de su corazón de oración. Debe, pues, tomar conciencia de la gracia bautismal, porque allí está oculta la fuente de su oración. En este sentido, no me gusta demasiado la expresión «formar para la oración». No tenemos que «dar una forma», vaciar en un molde preestablecido, ni tampoco enseñar una «buena técnica de oración», sino dejar que el «germen de oración» que existe en todo bautizado y en todo hombre se desarrolle. Es cierto, que

existen «camino» por los que otros han pasado, y «constantes» en la pedagogía de Dios para con nosotros. Y es interesante conocerlos. Pero no se puede empezar a conocer y entender de verdad estos caminos y estas constantes, hasta que no se alcanza una cierta experiencia de oración.

Es decir, no se puede enseñar a hacer oración lo mismo que no se puede enseñar a alegrarse, a amar o a llorar. La oración procede de un instinto que se da en nosotros; no se trata de fabricarlo, se trata de seguirlo. Es preciso aprender a dejar hablar en uno mismo la vida trinitaria, como un niño aprende a llamar «papá» al que le ha dado la vida. Cuando dos novios se quieren, encuentran muy pronto las palabras y los gestos para expresar su amor.

Se opone al arte, es decir a los esfuerzos mediante los cuales un hombre trata de asimilar un gesto más o menos complicado, imitando al que se lo enseña; por ejemplo, conducir un coche. Sin duda la oración se aprende, pero más bien como se aprende a respirar, a beber, a comer y a andar. Hay que dejar hablar en nosotros a la vida divina. Dejemos obrar a la naturaleza y la oración vendrá sola. Cuando se analizan los movimientos más naturales, se queda uno asombrado de su complejidad; como por ejemplo andar. Y, sin embargo, andamos sin ninguna complicación.

Examinemos más de cerca este movimiento de vuelta al centro de nuestro ser, para descubrir nuestro corazón de oración. Es un movimiento de regreso al centro de nosotros mismos, para encontrar en él a Dios presente y operante. No se trata de contemplarse, en una degustación narcisista del «yo», sino de incorporar la acción de Dios al corazón de nuestra vida. Para describir este caminar de vuelta al corazón, el Occidente hablará de recogimiento, de silencio interior, de virginidad del corazón. El Oriente hablará de *hesiquia*, estado de reposo, de paz y de tranquilidad, que se sitúa al comienzo y al final de una vida de oración. Es un estado de plenitud, de paz, de silencio, de unión con Dios. De todo ello nace la oración hesicasta.

Por lo que se refiere a este libro, afrontamos un gran tema de la espiritualidad del Oriente cristiano: la peregrinación al corazón o la conversión (capítulo primero). El hombre se pone en camino y emprende una peregrinación para encontrar el lugar del corazón. Es una peregrinación interior, que es también una peregrinación en el espacio. Todas las peregrinaciones en el tiempo y en el espa-

cio son peregrinaciones hacia el lugar del corazón. De lugar en lugar, buscamos al hombre que podrá decirnos una palabra de vida, y hacer de nosotros seres alertas a la presencia del Señor.

Resuena ya aquí la breve oración que da ritmo a toda la vida espiritual del Oriente cristiano, la *oración de Jesús* que fue este-reotipada en Athos hacia el siglo XIII. Es sencillamente la oración del publicano del Evangelio: «Señor, ten piedad de mí, pecador.» En esta oración se expresa el movimiento de conversión, en el que el hombre se descentra de sí mismo, y encuentra por fin su verdadera naturaleza que es ser oración (capítulo segundo). El hombre está hecho esencialmente para la comunión y la adoración, pues está lanzado a la existencia en un estado de explosión oblativa.

En este contexto de *metanoia*, de conversión, ha nacido la oración continua. El hombre pecador, separado de Dios por un abismo, vuelve a tomar la oración del publicano del Evangelio y suplica a Cristo que tenga piedad de él. ¿Qué busca esta oración sino actualizar, hacer viva e incesante la gracia bautismal, es decir, nuestro injerto en el cuerpo resucitado de Jesús? El deseo secreto del hombre es hacer de su vida un sacrificio espiritual, una eucaristía continua, realizando así el gran consejo paulino: «Orad constantemente. En todo dad gracias» (1 Tes. 5, 17-18).

¿Cómo llegar a ser un hombre eucarístico, un hombre que celebra, que da gracias y que recibe cada momento de su vida con acción de gracias? De este deseo de hacer *eucaristía* ha nacido la oración continua. En el capítulo tercero, contemplaremos al hombre en marcha hacia la oración continua, y nos preguntaremos a continuación cómo orar sin cesar, partiendo de nuestra existencia de cada día, con sus preocupaciones, sus tentaciones y también sus alegrías.

Progresivamente, el hombre se unifica a partir del corazón, en el cual reside la energía divina. A fuerza de repetir la oración de Jesús, ha bajado a las profundidades de su ser, y el nombre de Jesús ha liberado el dinamismo del Espíritu aprisionado en él. La gloria del resucitado puede también saltar sobre todo su ser, e irradiarla en sus intimidades carnales. Para describir esta experiencia, los Padres utilizan un vocabulario en el que las palabras «luz», «calor», «fuego», «dulzura» ocupan un lugar preferente. Por ejemplo, en la plática de Serafín de Sarov con Motovilov. El hombre, transfigurado por la gloria del resucitado, descifra el

mundo y el corazón de sus hermanos como una zarza ardiendo, según la bella expresión de Isaac el Sirio. Está en estado de oración ininterrumpida (capítulo cuarto), y el mundo entero se transforma para él en una iglesia. Es en verdad el sacerdote de la creación universal, y toda su vida se convierte en una oración. El labrador en su campo, el sabio que estudia la estructura del átomo, el profesor que enseña... sus gestos y sus miradas están purificadas por la oración, la materia que tocan es también una «nueva criatura» tendida hacia la gloria del Señor. El hombre en estado de oración continua «glorifica a Dios en su cuerpo» (1 Cor. 6, 11-20). «Por tanto ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10,31).

El hombre de oración ha vuelto a encontrar la condición paradisíaca, o paradisiaca; realiza de verdad aquello para lo que ha sido creado, es decir, dar culto a Dios. Todo culmina en el verdadero amor del prójimo, y por eso ora por el mundo entero, pues arde de amor por toda la creación. En el capítulo quinto, veremos cómo este hombre pide por todo el mundo y más especialmente por sus enemigos y los pecadores. A los que llegan a esta profundidad de oración se les abre el misterio de la historia y de cada persona. Se puede decir de esos hombres que son contemplativos en la acción, pues encuentran a Dios en todas las cosas.

1. La peregrinación al corazón: la conversión

El cristiano vive, pero no es consciente de lo que lleva en él, es un adormecido que deja dormitar en su corazón las energías del Espíritu. En el Evangelio, Cristo no cesa de repetir que hay que velar y orar, tras la puerta, esperando su vuelta: «Velad... estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mt. 24, 42-44). Cristo nos advierte que vendrá de noche, dándonos a entender por ello que no hay que dormirse. Durante su agonía reprochará a sus apóstoles que duerman: «Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar?» (Mc. 14,37).

Por eso Jesús contrapone al hombre que vela, el siervo que se olvida de Dios; a las vírgenes prudentes, opone las vírgenes necias que no esperan la vuelta del Esposo. Los Padres de Oriente nos dicen que el único pecado es no ser sensible a Cristo resucitado, no esperar al que no deja de llamar a la puerta de nuestro corazón, pues no hay que engañarse sobre el sentido de la vuelta de Cristo. El señor no viene a nuestro encuentro desde fuera, sino que es el mendigo de amor que llama desde dentro. El Espíritu Santo gime en el fondo de nuestro corazón y espera la liberación de un nuevo nacimiento: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap. 3,20). Se trata, a buen seguro, de una cena interiorizada que el Señor toma con nosotros, en la cámara alta de nuestra alma, y que nos hace morar en él y a él en nosotros. De este modo la oración continua aparece siempre en línea recta con la eucaristía perpetua.

Se da en el hombre de oración una calidad de atención y de escucha, para sorprender su corazón en delito flagrante de oración. Es una actitud que moviliza todas las fuerzas, las energías y disponibilidades del corazón, para no faltar a la cita. En las vírgenes prudentes, es esta atención la que parece regir en el reparto, para que no sea un reparto cualquiera; hasta tal punto las jóvenes tienden hacia el que debe venir y que lo es todo para ellas. Mezcla de soledad y de comunión, determinada por el ardor de la espera y la preparación del encuentro. Todos los valores que encontramos en el capítulo séptimo de la Regla de San Benito, cuando dice que el monje debe huir del olvido, la ligereza del espíritu, la distracción alocada, aceptada como estado de alma habitual.

¿Por qué, pues, esta vigilia atenta? Sencillamente, porque se espera siempre a alguien, al que ya se ha oído. La palabra de Dios se dirige cada día a nosotros y por eso es preciso escuchar su voz y no endurecer el corazón. Entonces sólo una cosa se convierte en lo único necesario: el encuentro, la comunión con Cristo que viene. Nada debe ser preferido a este encuentro con Jesús, el esposo de la Iglesia.

Y es así, todos juntos, como los que desean y esperan se preparan al encuentro, o más bien a escuchar su voz. Esta espera y este encuentro son los que realizan la reunión de los que se preparan a ello. Están unidos en el nombre de alguien que está ya en medio de ellos, y respecto del cual no pueden ser descuidados, pues está presente. Es él lo primero que cuenta, y por eso es preciso una gran delicadeza para no correr el riesgo de un retraso, ni de cualquier falta de previsión. En nombre mismo de la caridad, entendida un poco demasiado superficialmente, no se puede caer en la negligencia ni en la dispersión.

El hombre de oración es pues un hombre en vela que ora de noche pues se sitúa en los confines del tiempo y de la eternidad para esperar la vuelta de su maestro. Deja resonar en su corazón la queja que orquestan las palabras de Jesús sobre la oración continua: «Velad y orad. ¿No podéis orar un poco conmigo?» Pero conocemos lo que sigue y, como dice Pascal: «Jesús está siempre en agonía hasta el fin del mundo». La misma queja resuena todavía en nuestro mundo: «No podéis orar un poco conmi-

go». Pero dormimos durante ese tiempo; como los discípulos, estamos atontados y no sabemos qué responder. En el huerto, Jesús vive plenamente el misterio de la oración que ha enseñado a sus discípulos. El, que «pasaba la noche en la oración de Dios» (Lc. 6,12). Ora con ardor y perseverancia, el rostro en el suelo; ora con fe pues sabe que todo es posible al Padre; ora en fin en abandono: «Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc. 14,36).

Los grandes espirituales y los santos han orado siempre de noche. Isaac el Sirio dice que, cuando el Espíritu Santo establece su morada en el corazón del hombre, éste no puede ya dejar de orar. Cuando duerme o cuando vela, la oración no se separa de su alma. Y el peregrino ruso dirá:

Me acostumbré de tal manera a la oración, que no la abandonaba nunca, la sentía resonar dentro de mí, no sólo cuando estaba despierto, sino también durante el sueño, sin interrumpirse por un solo instante, cualesquiera que fuesen mis ocupaciones ¹.

Algunos espirituales han llegado a reemplazar el sueño por la oración continua. Olivier Clément habla del obispo Juan de San Francisco que no se acostaba nunca, se adormecía unos momentos en su sofá y oraba sin cesar. Pero el que no ha encontrado la oración perpetua debe dormir, pues el sueño es, en cierto modo, un estado de éxtasis. Existe un estado místico fundamental que todo hombre conoce; es el sueño profundo, y este sueño es necesario. El sueño profundo no es un sueño sin sueños, es un sueño lleno de visiones.

Se comprende así por qué los espirituales aconsejan entrar en la noche como en un santuario en el que Dios nos va a visitar. Convendría aquí anotar todos los consejos de los Padres, que nos invitan a dormirnos rezando, y también todas las oraciones de la liturgia, en las que se pide que se alejen los fantasmas de la noche: «Visita esta casa, que los santos ángeles vengan a habitarla...» «En pie, clama en la noche, cuando comienza la ronda, como agua derrama tu corazón ante el rostro del Señor, alza tus manos hacia él» (Lam. 2,19).

¹ *El peregrino ruso*. Ed. de Espiritualidad, Madrid, 1976, 3.ª ed., pág. 84.

Llega un momento en el que el inconsciente está tan saturado de oración, que las ensoñaciones se convierten en un medio de comunicación con Dios: son los sueños.

Otro tanto se podría decir del final del sueño. El que quiera entrar, con un poco de seriedad, en una auténtica vida de oración, descubre la importancia del momento de levantarse y del tiempo que lo separa de la oración. Hay que levantarse en cuanto uno se despierta. Normalmente una persona se despierta hacia las seis de la mañana, pero la mayoría de los hombres modernos se dan media vuelta y se vuelven a dormir con un mal sueño. En realidad no hay que hacerse violencia para velar, ni hay que dormir demasiado. Ocurre lo mismo que con el ayuno, cada uno debe encontrar su ritmo personal.

El patriarca Athenágoras dormía poco, pero era visitado por los sueños. Y contaba a Olivier Clément que sus decisiones importantes, las había tomado después de estos sueños como en la Biblia (el griego de los Setenta traduce sueño por *éxtasis*). Cuando iba a encontrarse con el Papa Pablo en Jerusalén, tuvo la visión de un cáliz sobre una colina; él y el Papa subían la pendiente por ambos lados hacia el cáliz común. Algo semejante de la experiencia de Roger Schutz con el concilio de los jóvenes.

Los grandes espirituales apenas duermen, dice Olivier Clément. En el hombre que no ha alcanzado la oración perpetua, la falta de sueño provoca desórdenes psicopáticos. Un psicólogo me decía hace poco, que se habían hecho experiencias en los gatos y que hoy se sabía con certeza que el sueño paradójal, muy breve, correspondía al estado de sueño. Los gatos aborrecen el agua; si se les coloca en una placa de corcho flotando sobre el agua, mientras duermen con sueño medio, los músculos de la nuca permanecen tensos y conservan el equilibrio, pero cuando caen en un sueño profundo, paradójal, los músculos se aflojan, el hocico cae al agua y despiertan. Al no poder dormir con un sueño paradójal se vuelven locos. Lo mismo se podría decir a propósito del alimento con el perro de Pavlov. Esta experiencia se ha hecho también con estudiantes por medio de electroencefalogramas, y muy pronto han presentado desórdenes psíquicos. Se ve entonces muy bien cuándo el sujeto llega al estado de sueño paradójal, es decir al sueño profundo y visionario.

Así el hombre que ha alcanzado el estado de oración perpetua es un hombre que vive en la realidad; ya no tiene nada que soñar,

pues él sueña lo real y penetra lo más íntimo de la creación y de los corazones. En él, el estado de sueño profundo se ha convertido en una unión consciente con Dios. Los que caminan hacia la oración continua deben dormir para no apartarse de Dios, pero han de hacerlo después de haber orado, para que su sueño esté bañado de oración. Péguy dice que la vida es ese sueño profundo en que el hombre se abandona entre las manos de Dios: «En tus manos, Señor, encomiando mi espíritu.»

Existe, pues una unión profunda entre sueño y oración, y por eso el hombre debe despertar, pues vive continuamente olvidado de Dios. El sueño físico no es más que una señal de un sueño espiritual, mucho más profundo, que hace vivir como un autómatas o un sonámbulo. El hombre olvida que existe, o más bien olvida que Dios está presente continuamente en su vida para darle la existencia; también se olvida de que el mundo y los otros existen en este influjo creador de Dios. Al perder la memoria de su fuente, ha perdido la memoria de Dios (la *memoria Dei* de la que habla san Benito en su Regla). Por eso despertar es el gran tema de la ascesis, *nepsis*, pues Cristo no deja de llamar a la puerta del corazón. Es preciso velar y despertar; las dos palabras van juntas, porque el tiempo en que vivimos es un tiempo que Cristo puede desgarrar en cualquier momento para venir. Según la bella expresión de Guardini, el momento presente es el «guiño» de amor que nos dirige Dios.

«*Muéstranos tu rostro de ternura.*»

El hombre así despierto debe aprender a convertirse en vigilante, es decir en un ser que espera pacientemente en silencio, que el rostro de amor de Dios quiera revelarse a los ojos de su corazón. Orar se convierte entonces en una larga espera, muda y silenciosa, animada por un intenso deseo de ver el rostro del Padre. Las disciplinas de este estado de alerta están pues ligadas al dominio del tiempo. Si el aspirante a la oración interior está impaciente por ver el rostro de Dios, su oración correrá peligro de convertirse en un movimiento en el que cambia continuamente sus términos de referencia. Debe, pues, aprender a dominar el tiempo y a colocarse en presencia de Dios, sin tratar de huir ni de dar a esta presencia un contenido racional o emocional.

Como el aldeano de Ars, debe poder decir: «Yo le miro y él me mira y somos felices juntos.» Haced esta experiencia y veréis cuán insoportable es este silencio a nuestra naturaleza inestable y cambiante:

Si os sentáis en una habitación y os decís: Estoy en la presencia de Dios; al cabo de un instante os preguntaréis cómo se puede llenar esta presencia de una actividad que ahogue la inquietud. Durante los primeros momentos, os sentiréis bien, porque estáis cansados y sentarse supone un descanso; estáis confortablemente instalados en un sillón, el silencio de vuestra habitación os da una sensación de quietud. Todo esto es cierto, pero si superáis este momento de descanso natural y permanecéis en presencia de Dios, cuando ya hayáis recibido de la naturaleza física todo lo que de ella podéis recibir, veréis que es muy difícil no preguntarse: ¿Y ahora qué hago? ¿Qué puedo decir a Dios? ¿Cómo me dirijo a él? Es tan silencioso... ¿De veras está aquí? ¿Cómo podré tender un puente entre esta ausencia muda y mi inquieta presencia?²

El silencio de Dios es la realidad más difícil de llevar al comienzo de la vida de oración y sin embargo es la única forma de presencia que podemos soportar, pues todavía no estamos preparados para afrontar el fuego de la zarza ardiendo. Es preciso aprender a sentarse, a no hacer nada delante de Dios, sino a esperar y gozarse de estar presente al Presente eterno. Esto no es brillante, pero si se persevera, irán surgiendo otras cosas en el fondo de este silencio e inmovilidad.

¿Qué sucede en el interior de este silencio? Tan sólo una bajada cada vez más vertiginosa hacia las profundidades de nuestro corazón, donde habita ese misterio de silencio que es Dios. Por eso hay que callarse, mirar, escuchar, con un amor lleno de deseo. Si supiéramos tan sólo mirar con toda la profundidad de nuestro ser el rostro de Cristo, ese rostro invisible que no podemos ver sino volviéndonos hacia nuestra propia intimidad, y viéndole emerger de ella, quedaríamos deslumbrados ante ese rostro que no se parece en nada a lo que nosotros podemos imaginar. En

su *Cántico espiritual* (estr. XI y XII), Juan de la Cruz dirá que los ojos del amado que buscamos sin cesar, están dibujados en nuestras entrañas.

La perseverancia en la oración no tiene, pues, como objeto enseñarnos este rostro desde fuera, sino hacernos excavar más profundamente para que surja de nuestra propia profundidad. Kierkegaard se ha acercado mucho a este misterio de la oración cuando dice: «La oración no está fundada en verdad cuando Dios escucha lo que se le pide. Lo es, cuando el que ora continúa rezando hasta que sea él mismo el que escuche lo que Dios quiere. El que ora de verdad no hace más que escuchar.» La oración excava nuestro corazón de piedra y hace saltar un la bemol que toca el corazón de Dios. La oración perseverante nos hace alcanzar la verdad de nuestro ser.

En el interior de este silencio, es donde brota nuestra oración, es un largo grito silencioso, una queja, un gemido que transforma todo nuestro ser en oración: «Oh Dios de mi alabanza no te quedes callado... Y yo soy sólo oración» (Sal. 109, 1-4).

Sí, el día en que hayamos visto de verdad el rostro de ternura de Dios, ya no nos plantearemos ninguna cuestión sobre la oración continua, ni sobre la manera de buscarla o encontrarla, sino que nos esforzaremos todo lo que podamos para soportar cada día tal peso de gloria.

Por tanto, si todo depende de ese rostro, tenemos necesidad absoluta de que se manifieste a los ojos de nuestro corazón. No debemos tener miedo de pedir esta gracia puesto que nos es indispensable: «Muéstranos tu rostro y seremos salvos.» Esto no viene como fruto de un esfuerzo, sino porque es grato a Dios: «Por tanto, no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia» (Rom. 9,16).

Es preciso pues conseguir que o Dios se apiade o que nuestro corazón de piedra se transforme en corazón de carne. Y como nadie puede obligarle a ello, lo único que hay que hacer es decir: «Reconozco que no me lo debes, que no soy digno, pero te lo pido por tu nombre que es misericordia.»

Para que esta oración brote sinceramente del corazón de un hombre, sacerdote o religioso, son necesarios con frecuencia muchos años, porque es la oración de un niño. Se comprende por qué Cristo nos manda hacernos como niños. (Mt. 18, 1-4). Si un niño exige alguna cosa a sus padres, ellos no se lo dan, o no de-

² BLOOM, A.: *Certitude de la foi*. Cerf, Paris, 1973, págs. 149-150.

berían dárselo mientras no cambie de actitud; pero si lo pide con dulzura, diciendo: «si os parece bien», no con los labios, sino desde el fondo del corazón, entonces no se podrán resistir. Dios resiste porque exigimos. El día en que no lo hagamos, lo conseguiremos todo. Nos mostrará su rostro y empezaremos a amar ese rostro.

Expliquémonos todavía un poco más sobre este misterio de la súplica, pues es la tela de fondo sobre la cual está tejida toda la enseñanza de Jesús sobre la oración continua. Cuando Jesús nos pide que oremos sin cesar, sin desanimarnos nunca, y cuando nos presenta el ejemplo del amigo inoportuno (Lc. 11, 5-13), o la parábola del juez que se hace rogar largo tiempo (Lc. 18, 1-8), elige situaciones límites en las que la perseverancia consigue ablandar el corazón del amigo y del juez. Dios está siempre al lado del que es duro de oído. Y lo traslada inmediatamente al plan del Padre: «Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les va a hacer esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc. 18, 7-8).

En el misterio de la fe y de la confianza radica todo el secreto de la oración continua. Existe un grado inaudito de confianza y humildad que Dios espera de nosotros para ablandarse. Quiere encontrar corazones humildes y confiados que lleguen hasta el extremo, para ablandarse en la misma medida de su confianza. «Pedid y recibiréis... Todo lo que pidáis en mi nombre, lo conseguiréis».

Dios desea darnos todo, no tiene en absoluto el menor deseo de negarnos nada, pero es preciso que se lo pidamos, amablemente, educadamente, diciendo: «por favor» y «gracias». Es indispensable, pues es la sustancia misma de nuestro diálogo de amor con El... Y esto implica la confesión muy eficaz, muy profunda, muy costosa, de que Dios no está obligado a concedérnoslo. Lo desea, pero a condición de que se le dé esta confianza infinita que acepta respetar porque se vacía de insolencia³.

³ MOLINIÉ, M. D.: *Retiro a los dominicos de Montlignon*, texto ciclostilado n.º 13, págs. 6 y 7.

Se plantea aquí una pregunta: cuando un hombre no sabe orar, porque es orgulloso, o bien porque se apoya demasiado en sí mismo y no quiere colocarse bajo la misericordia, ¿qué puede hacer? Es preciso que se manifieste de manera especial el rostro de Dios para sacarle de ese estado, convertirle y sumergirle en la humildad. Esta manifestación no es infalible. Dios responde a todas las llamadas, pero cuando no hay llamada, se precisa una iniciativa nueva y gratuita de la misericordia de Dios para derrocar el orgullo de su pedestal, y resucitar a ese muerto que no sabe dialogar. Dios contesta siempre a quien le pide; es gratuito e infalible, no lo puede resistir. Pero que haga pedir al que no pide, no es ni gratuito ni infalible. Sólo nos queda pedir perdón a Dios por nuestro orgullo, aunque no sepamos exactamente en qué consiste, porque desde el momento en que lo rechazamos en nuestra mente, sólo queda pedir a Dios que haga lo demás y que reduzca a cenizas ese mal en nosotros.

Comprendemos que es un círculo vicioso: hay que orar para ver el rostro de Dios y para orar es preciso haber vislumbrado este rostro... Sobre esto, Cabasilas dice cosas extrañas y nos da la clave para escapar del olvido de Dios. Al dirigirse a seculares que viven en el mundo y que no pueden practicar técnicas complicadas, dice:

Mientras camináis por la calle como autómatas o hacéis cualquier cosa, no se os pide que améis a Dios primero, sino que recordéis que él os ama con un amor loco, *manikós eros*. Os ama hasta tal punto que, aun siendo imposible, ha salido de su imposibilidad para demostraros su amor; ha inventado la kenosis, ha muerto de amor en la cruz, mirad cómo os ha amado⁴.

Como dice Pascal, «es preciso no dormirse durante este tiempo», tomando la palabra «dormir» en un sentido sumamente amplio. Si pensáis en esto y os despertáis, entonces sentiréis a Dios como ese mendigo de amor que llama a la puerta de su criatura. El *fiat* de la Virgen le ha permitido recuperar desde dentro la creación; por eso llama al corazón de cada uno de nosotros. Sigue diciendo Cabasilas, que busca al esclavo a quien ama; él, el

⁴ CABASILAS, N.: *La vie en Jésus Christ*. Chevetogne, 1960, 2.ª ed., pág. 153.

rico, se acerca a nuestra pobreza, se presenta en persona, declara su amor, y pide que se le corresponda. Y añade: si se le rechaza, no se ofende, sino que sigue esperando pacientemente a la puerta como un mendigo. Este es el meollo de la espiritualidad oriental que empieza a despuntar en Occidente. *La pobreza de Dios, la humildad de Dios*, el Dios tímido, el Dios mendigo. En todo esto, creo que existe un tema esencial para la oración continua.

La conversión: «metanoia».

Por las disciplinas del despertar, el hombre es conducido al borde de la conversión. ¿Cómo hubiera podido apartarse del pecado y amar a Dios con todas sus fuerzas, si no hubiera sentido nunca a Dios como mendigo de amor?

El Señor nos manda amarle con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas. Pero, ¿cómo podemos amar a Aquél a quien nunca hemos visto? Y ¿cómo se aprende un amor así? Conocemos al Señor por su acción en el alma, porque sabe que es su huésped. Cuando el Señor se oculta en la sombra, le desea y le busca en medio de lágrimas⁵

¿Qué sucede entonces cuando los ojos del hombre se abren sobre este rostro de Dios loco de amor? Que cambia su visión del mundo como le cambió a san Pedro cuando Cristo le miró en su Pasión (Lc. 22,62). Dice el P. Molinié, que a la vez recibe:

la revelación del corazón de Cristo y la de su pecado. Comprende que su traición no ha tenido lugar esta mañana, sino que no ha dejado de hacer sufrir a Cristo a lo largo de su vida ordinaria. Desde el comienzo, Pedro ha perseguido un rostro de Jesús: éste es su pecado, no el único si se examina con meticuloso rigor, pero el único que Dios quiere de verdad verle llorar, los demás son, o despreciables a los ojos de Dios (que no se detiene fuera sino que examina el interior), o consecuencias de este pecado fundamental. Pedro no ha podido comprender este pecado hasta que no ha entrevisto el rostro de Amor infinito que persigue; pero no puede descubrir este rostro sin descubrir al mismo tiempo

que le persigue. El pecado de Pedro consiste precisamente en ignorar, por culpa suya, el rostro más profundo y más precioso de Cristo. Le resulta imposible descubrir este rostro sin descubrir a la vez que lo rechazaba en el fondo de su corazón, que no quería bajar hasta allá para perderse en la adoración, como el discípulo que Jesús amaba y que descansaba su cabeza sobre su pecho⁶.

Al contemplar la conversión de Pedro, captamos a lo vivo el movimiento de retorno que se opera en el corazón de todos los convertidos. La decisión no procede de ellos sino de una iniciativa de Dios que les revela su rostro de ternura. Por eso la gracia de la conversión no es en principio una gracia de fuerza, sino de luz; una luz que no podemos fabricar nosotros mismos. Dios no nos pide que la fabriquemos sino que la aceptemos y nos dispongamos a recibirla esperándola con deseo; ésta es la fidelidad de los que velan esperando la vista del maestro, como decíamos más arriba. Obtendremos la gracia de esta visita en la medida en que aceptemos que la necesitamos. Una vez más nos encontramos con la oración de súplica para que Dios quiera apiadarse.

De este modo, toda conversión es pasivamente activa; es una gracia que se derrama sobre nosotros, una luz imprevista e imprevista por la cual uno se deja coger hasta la división del alma y del espíritu. Las lágrimas por los pecados pasados (de las que hablaremos más adelante en la bienaventuranza de las lágrimas) no son ya inquietudes ni temores. Vemos que hemos rechazado el amor, y que este mismo amor se ofrece a nosotros de nuevo, con más fuerza que nunca. Nos hemos preferido a nosotros mismos en vez de a Dios y esto nos parte el corazón. Siempre que sucede esto, aun a nivel de pecado venial cotidiano, al final del camino surgen las mismas lágrimas.

Decimos que la conversión es pasivamente activa, porque supone nuestro consentimiento. En todo caso es algo que se sufre y no algo que se fabrica, porque es el eje de nuestra vida el que cambia. Es lo que le sucedió a Agustín, Claudel, al padre de Foucauld, etc. Por nosotros mismos, no podemos llegar hasta allí; aunque podemos mejorar los medios con nuestras súplicas a Dios, no podemos cambiar la meta.

⁵ SILVANO: *Spiritualité orientale*, n.º 5, Bellefontaine, 1971, págs. 25-26.

⁶ MOLINIÉ, M. D.: *Lettre n.º 2 sur la contrition et le péché*, págs. 5-6.

Habría que precisar aquí que este movimiento de conversión que hemos visto en Pedro, en Pablo y en todos los grandes convertidos, es el mismo que se da en nuestro corazón. Dicho de otra manera, para convertirse de verdad, y por consiguiente confesarse, hay que acercarse lo más posible a la mentalidad de Pedro en el momento en que estaba a punto de negar a Jesús con la convicción de que nada podía ya detenerlo, si no era una luz para la que no estaba preparado en modo alguno y que vio brillar en la mirada fulminante de Jesús.

San Isaac, el Sirio decía «que el arrepentimiento conviene siempre y a todos, tanto al pecador como al justo», y que debería ser el estado normal del cristiano que tiene el corazón triturado y contrito, y que vive el sacramento de la reconciliación. El mismo Isaac añadía: «El arrepentimiento no debería terminar ni en el tiempo ni en sus obras hasta el momento de la muerte.»

Así en la vida de los Padres del desierto, se lee que cuando Sisoés el Grande iba a morir, los ascetas acudieron a él y según la costumbre le dijeron: «Padre, dinos una palabra de vida.» Y Sisoés respondió: «¿Qué podría deciros? Todavía no he empezado a arrepentirme.»

De nuevo resuena aquí la breve oración que da ritmo a toda la espiritualidad del Oriente cristiano, la «oración de Jesús», que sería mejor llamar «oración a Jesús» y que se estereotipó hacia fines del siglo XIII, y en el XIV, en Athos, en la expresión: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, ten piedad de mí, pecador.»

Aquí, en la *metanoia*, es sencillamente la oración del publicano del Evangelio: «Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador.» (Lc. 18,13).

Hay que entender bien que este arrepentimiento tiene un sentido, no sólo moral o sentimental, como un sentimiento de culpabilidad después de una infracción o de un pecado, sino que tiene un sentido global, personal y ontológico, en el sentido de que compromete el ser total del hombre, y significa el retorno de toda la existencia. *Metanoia*: *meta*, es la vuelta, *noia*, es el nosotros, no la inteligencia en el sentido intelectual, sino el centro del hombre, lo que corresponde al corazón. En este sentido, la contrición es una cosa totalmente diferente de un sentimiento de mala conciencia, o un *ersatz* de culpabilidad, es el corazón quebrantado y roto.

La bienaventuranza de las lágrimas

En este movimiento de conversión, que se hace contemplación del amor loco de Dios para con nosotros, se sitúa un gran misterio: el de las lágrimas, o la dicha de las lágrimas: «Pedro salió fuera y lloró amargamente». Hasta aquí tenía un corazón de piedra, una especie de caparazón de mármol, provocado por el pecado, que desconocía, aunque en algunos momentos tenía conciencia de un cierto malestar, más cercano a un sentimiento de culpabilidad que a la verdadera contrición. Comprende entonces por experiencia personal que la contricción es verdaderamente otra cosa, que sus mejores deseos no la pueden provocar como si fuese posible «excitarse» a contrición. Puede resultar peligroso procurarnos por nosotros mismos esta luz de la contrición, como es totalmente funesto rechazar cualquier sentimiento irracional de culpabilidad, no buscar esa luz y creerse dispensado para ir a Dios, del vuelco liberador de la contrición.

Provocar en nosotros este estallido es precisamente el papel de la oración al Espíritu Santo y del sacramento de la penitencia. Lo que tritura nuestro corazón es una manifestación del amor de Dios que tiene lugar, no desde fuera sino desde dentro, por la invasión en nuestro corazón del fuego devorador de la caridad divina. Este fuego choca con el endurecimiento más o menos consciente provocado en nosotros por el pecado, y rompe el caparazón segregado por los años de endurecimiento. Este estallido violento bajo la presión del amor constituye exactamente la conversión o la contrición perfecta, la cual provoca normalmente la dicha de las lágrimas. Es preciso pedir al Espíritu Santo, y a la Iglesia, esta iluminación desgarradora que no podemos provocar por nosotros mismos. Este desgarrón es mucho más doloroso que todos los escrúpulos y sentimientos de culpabilidad, su amargura mucho más amarga, pero su fruto íntimo es la inenarrable liberación del don de lágrimas. En este sentido se puede decir que este fruto es dulce, porque nos hace experimentar la ternura de Dios.

El hombre adquiere conciencia experimental y existencial de ese estado de separación, que se va a acuñar en «los» pecados. Es la actitud de todo convertido, y también de todo cristiano que se convierte en el sacramento de la reconciliación y que reconoce y confiesa tener un corazón de piedra, o mejor aún, reconoce

humildemente que no sufre por tener un corazón duro. Nos podemos preguntar si un esfuerzo pastoral que no lleve a esta experiencia fundamental del corazón quebrantado no corre el riesgo de degenerar en un nuevo moralismo. En vez de apelar a todos los exámenes remozados y renovados, ¿no sería mejor invitar a los cristianos a orar larga e intensamente para obtener la revelación de este rostro de misericordia de Dios?

Aclarémonos un poco más: no se trata necesariamente de lágrimas que brotan, sino de una dulzura que viene del corazón y hace brillar la mirada. Como dice Olivier Clément, nos hemos convertido en una civilización en la que ya no se llora y por eso se grita tanto. Los jóvenes gritan como si quisieran liberar en ellos los gemidos del Espíritu, apresado en su corazón de piedra. Es necesario volver a encontrar en nosotros esta posibilidad de hacer subir, por las lágrimas, el agua del bautismo, de disolver en el agua de las lágrimas la piedra del corazón, para que el corazón de piedra se convierta en un corazón de carne.

Estas lágrimas son en primer lugar lágrimas de penitencia, lágrimas del recuerdo de la muerte, cuando tomamos conciencia de que somos responsables de este estado de separación. Todos tenemos experiencia de esto; hay días en los que nos sentimos verdaderamente felices porque somos amados o llevamos a cabo una buena obra. Y de pronto, en el corazón mismo de esta dicha, experimentamos un sabor de ceniza y de muerte, pues sentimos plenamente que todo esto perecerá. Creo que esto es experimentar el recuerdo de la muerte.

En la bienaventuranza de las lágrimas, el recuerdo de la muerte se transforma en recuerdo de Dios. Poco a poco, por la humildad y la confianza, el recuerdo de Dios que viene en la hora de la muerte y más fuerte que la muerte, las lágrimas de arrepentimiento se convierten en lágrimas de admiración, de gratitud y de alegría. San Juan Clímaco decía: «la fuente de las lágrimas, después del bautismo, es algo más grande que el bautismo. El que se ha revestido de las lágrimas como de un vestido de bodas, ha conocido la feliz sonrisa del alma.» El canto de las lágrimas es el fondo sonoro de la espiritualidad ortodoxa, sobre todo de la árabe, en la que el canto se hace un poco gangoso para que nazca la música de las lágrimas.

En este movimiento de conversión es donde se habla en el Oriente cristiano de la teología negativa o de la teología apofática.

San Gregorio Nacianceno llama a Dios: «¡Oh Tú, el más allá de todo!» Y es totalmente cierto que en todos estos espirituales y teólogos, se tiene la certeza de que no se puede alcanzar a Dios por medio de imágenes o de conceptos: Dios-Hiper-Theos, más allá de las imágenes y de los conceptos. Siempre enlazan diciendo: «Arrepentíos. No podéis adoptar ante el Inaccesible más que una sola actitud: el temblor que se convierte en arrepentimiento, adoración y alabanza.»

Nadie puede ver a Dios sin morir. El recuerdo de la muerte, es el descubrimiento de que todo lo que hay en nosotros es mentira y nada, y que todo esto tiene que morir. Pero la verdadera teología apofática, es además otra cosa; es la gran antinomia del abismo y de la cruz, abismo de plenitud por encima de toda palabra, de toda imagen y de todo concepto.

«Los conceptos crean ídolos de Dios, decía un Padre de la Iglesia, sólo la aprensión presenta algo de él». Este Dios abismo, este Dios más allá de Dios, es el crucificado que se nos revela sobre la cruz. La distancia entre el abismo y la cruz mide el amor sin medida de Dios para con nosotros.

Entonces comprendemos que esta separación entre Dios y el hombre, que constituye nuestra angustia y a veces nuestro infierno, pues es también nuestra separación del otro y de nosotros mismos, se identifica con la llaga del costado abierta por la lanza. De esta llaga brota la luz, es decir el agua y la sangre en las cuales los Padres han visto el agua del bautismo, la sangre de la Eucaristía, y la Iglesia como poder de resurrección. Así como Eva nació del sueño extático de Adán, así la Iglesia, es decir la humanidad en vía de deificación, nace de este sueño extático de Cristo sobre la cruz.

Nosotros encontramos aquí la placidez de las lágrimas. Podemos tener el corazón traspasado (Hch. 2,37) en la medida en que hayamos contemplado el corazón traspasado de Cristo, por el que hemos entrado en la fuente vivificante de los sacramentos, que brota de su costado. Entonces comprendemos el secreto del amor. Frente a la dureza de nuestro corazón, Dios no presenta ninguna resistencia, pues es amor. Al traspasarle, hemos traspasado su misterio, que es el amor. La herida del costado de Cristo es el desgarrón que da acceso al amor infinito de Dios.

2. La verdadera naturaleza del hombre es oración

La conversión es una verdadera revolución copernicana. Se trata de que el mundo no gire ya alrededor del «mí» colectivo o individual, sino alrededor de Dios y de los demás, como lo dice muy bien el gran canon penitencial de san Andrés de Creta. Estamos decaídos porque nuestra conciencia se ha despegado del corazón y se ha identificado con las pasiones y los ídolos, proyectando sobre la creación de Dios lo que los espirituales llaman una tela de araña, una mentira, los artificios del «padre de la mentira» (Jn. 8,44), es decir del hombre sin Dios. Es la ilusión del Edén: «Seréis como dioses». El hombre deja de vivir en la verdad del ser que recibe de Dios, quiere ser su propio creador. Por el pecado, se ha separado de su fuente y se ha hecho incapaz de un verdadero encuentro con Dios y con sus hermanos.

San Macario se imagina a los pecadores como unos cautivos atados espalda con espalda, de manera que no pueden nunca mirarse a la cara para una verdadera comunión:

Estamos sepultados en el fuego; además, no nos está permitido ver a nadie cara a cara, sino que el rostro de uno está contra la espalda del otro. Pero cuando oras por nosotros, podemos ver el rostro del otro; éste es nuestro único consuelo ¹.

¹ *Les sentences des Pères du désert, Macaire d'Egypte*, n.º 38, Abadía Saint-Pierre de Solesmes, 1966, pág. 297.

Se ve muy bien aquí cómo el hombre no tiene su centro en sí mismo y que la ley profunda de su vida es la comunicación, su realización en el intercambio mutuo. Cuando afirmamos que la naturaleza del hombre es oración, no pensamos tan sólo en el acto de oración, sino en el estado de oración, en la actitud de apertura y de súplica que le caracteriza. El hombre está hecho para el rostro, para la sonrisa y para la comunión.

Mirad un niño; su movimiento espontáneo y natural consiste en mirar, admirar o contemplar. Más aún, si no ha perdido todavía la inocencia de la edad, tiende los brazos para saludar y busca el rostro para besarlo. Otra actitud del niño es la de pedir aquello que no puede conseguir por sus propios medios. En el niño, encontramos, en estado puro, lo que debería ser un hombre, un ser tendido al otro para la comunión, un ser que vuelve su rostro para el encuentro. Es la adoración (*ad*: hacia, *oris*: boca). El anciano encuentra o debería volver a encontrar el espíritu de infancia.

Dice Olivier Clément: «En Oriente se estima mucho la ancianidad, porque se piensa que no tiene otra misión que orar. Cuando se es viejo, uno está ya liberado. Cuando se es niño, hasta los diez o doce años, se ora. Luego viene un enorme barullo y se corre peligro de no volver a rezar. Una civilización en la que no se ora es una civilización en la que la vejez no tiene sentido. Esto es terrible. Por tanto, tenemos necesidad de ancianos que oren, porque la vejez nos ha sido dada para eso.»

«Seréis los sacerdotes del mundo.»

De este modo en el movimiento de conversión, el hombre encuentra su verdadera naturaleza que es el ser oración. Vuelve a ser el hombre nuevo que surge de las manos del Creador y vuelve a encontrar su primera vocación que es ser sacerdote de la creación universal, aunque más bien querría ser su dueño. Sabemos perfectamente que al hombre se le colocó en el jardín del Edén para cultivarlo, es decir para hacer de su vida un culto espiritual. El verdadero yo del hombre es un yo litúrgico. Algunos exegetas modernos traducen así el pasaje del Génesis 2,15: «Yavé Elohim

tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para el culto y para la custodia»².

En este simbolismo, el paraíso se asimila a un santuario, y el primer hombre es su guardián sacerdotal desde sus orígenes; es, pues, un ser litúrgico. Se ha hecho capaz de hacer de su vida, de sus relaciones y de su actividad un culto espiritual. Realiza las cosas, aun las más ordinarias y habituales, como una eucaristía, o mejor aún *hace eucaristía* en todas las cosas. Toda su existencia se vive como un culto espiritual. El labrador en su campo, el obrero en la fábrica, el ingeniero en su laboratorio, incorporan la oración al corazón de su vida de hombre. No sólo ofrecen sus actividades, sino la realidad misma de su persona, su carne, dice Pablo, *sarx*: «Os exhorto pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual», la verdadera adoración (Rom. 12,1).

La misma vida apostólica, es decir el hecho de anunciar el Evangelio, es considerada por san Pablo como una oración y un acto litúrgico, pues ofrece a los paganos como un sacrificio espiritual: «En virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo.» (Rom. 15, 15-16).

Se adivina pues, cuál era la vocación primera del hombre, que vale igual para el hombre nuevo recreado por el poder de la resurrección; es un hombre de oración ante todo, un ser litúrgico. Es el hombre del santuario que pone el sello de la oración sobre las personas y las cosas. La palabra *santuario* tiene aquí un significado mucho más amplio, pues desde la encarnación, la morada de Dios es el mundo entero, la historia y el corazón del hombre. Me gusta mucho esta frase de Silvano de Athos:

Es cierto que tenemos iglesias para orar y libros litúrgicos, pero que tu oración interior esté continuamente contigo. En las iglesias se celebra el culto, y en ellas habita el Espíritu Santo, pero que tu alma sea también la iglesia de

² STIERSSNY, M. J.: *L'homme devait-il travailler au paradis?*, en «Bible et vie chrétienne», n.º 77, pág. 77.

Dios; para el que ora sin cesar, el mundo entero se convierte en iglesia³.

Por tanto, estamos llamados a convertirnos en templos, a hacer de nuestra vida diaria una liturgia. Una oración así santifica todos los rincones del mundo y contribuye a la verdadera paz. En la inmensa iglesia del universo de Dios, el hombre sacerdote de su vida, obrero o sabio, hace de todo lo humano ofrenda y oración.

Presentimos en lo que consistían los privilegios de nuestros primeros padres: la posibilidad de orar con facilidad y de amarse unos a otros. En ciertos momentos de nuestra existencia, oramos con facilidad y la vida toma entonces otro color. Por el contrario, cuando nos encontramos encerrados en nuestro pecado y en nuestro sufrimiento, no podemos orar y somos desgraciados. Un joven aplastado por el sufrimiento, me dijo un día: «Rece usted, ya que puede.» Hay días en los que quisiéramos orar y no podemos. Mientras podamos orar, nada está perdido, pues la esperanza transfigura las situaciones.

Nuestros primeros padres tenían como vocación ser sacerdotes del mundo, es decir orar fácilmente, puesto que gozaban de la familiaridad de Yavé, que hablaba con ellos en la brisa del atardecer. El hecho de que nosotros no lleguemos a esta familiaridad no es normal. Hay personas que han estado una semana de oración y dicen: «¡He rezado sin parar!» Si esto es posible durante una semana, ¿por qué no lo va a ser siempre? Deberíamos tener la posibilidad de ofrecer a Dios nuestra sustancia, es decir hacer de nuestras vidas una oración continua.

Por el pecado, el hombre ha querido dominar el mundo para ser su dueño y avasallarlo. Se necesitan otros hombres que sean sacerdotes del mundo, para no llegar a la desintegración del hombre y del cosmos. La bomba atómica es como la inscripción en la materia del estado de decadencia espiritual del hombre:

El Espíritu enseña al monje a amar a Dios y a amar al mundo. Dirás tal vez, que ya no existen en nuestros días esos monjes que oran por todos los hombres, pero te digo que vendrán grandes desgracias y aun la misma destrucción

del universo, si deja de haber hombres de oración en este mundo⁴.

¿No es acaso ésta, también, la vocación del monaquismo interiorizado, vivido en los desiertos de las grandes ciudades urbanas por hombres y mujeres en medio del mundo? Su misión es introducir el universo cósmico en el gran movimiento de adoración que no cesa de brotar en su corazón.

Las pasiones son como lo contrario de este dinamismo de adoración que el hombre lleva en sí; si no lo orienta hacia Dios, le llevará a adorarse a sí mismo, se convertirá en ídola del hombre colectivo o individual, o del arte, de la política, de la raza, de la nación, de cualquier cosa. Si no ora a Dios, terminará por orarse a sí mismo. Hay miles de ídolos posibles. La pasión es un impulso de la naturaleza humana, es finalmente el deseo de adorar a Dios, pero desviado hacia un objeto contingente y parcial que no puede revelar el absoluto.

Es casi una definición de Satanás, una adoración desviada que se pierde en la nada. El hombre tiene sed de Dios y como esta sed nunca se sacia, puede ser engañado por el ángel de las tinieblas, disfrazado de ángel de luz, y volcar ese dinamismo de adoración en el vacío: «El infierno no es tal vez otra cosa que esta confrontación de la sed y del vacío. El hombre bebe su propio vacío y arde siempre más»⁵.

De este modo el hombre puede dar a la nada una existencia paradójica; la red de los ídolos, de las magias, de las pasiones, se convertirá en lo que el Nuevo Testamento llama, no ya el *mundo creado* por Dios, sino *este mundo* que vela a Dios y a la creación de Dios, que sepulta al universo en la opacidad y en la muerte. En mayo del 68, en los muros de la Sorbona se podía leer: «Cuando el dedo señala la luna, el imbécil mira al dedo.»

«En todas las cosas, dad gracias» (1 Tes. 5, 18)

Es preciso volver a insistir sobre la adoración como movimiento espontáneo y constitutivo del hombre, pues es la única mane-

⁴ SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 58.

⁵ CLÉMENT, O.: *L'esprit de Soljenitsyne*. Stock, Paris, 1974, pág. 75.

³ SILVANO: *Ob. cit.*, págs. 29-30.

ra de entender que está llamado a la oración continua: su verdadera naturaleza es la oración. Está hecho para el rostro y la comunión. Por eso la inclinación del corazón del hombre es ofrecerse, amar y dar culto a Dios, en una palabra, adorar. En la adoración se demora, se complace y se sumerge. Desde la vocación de Abraham, podíamos decir también que desde la creación de nuestros primeros padres, Dios ha buscado adoradores en espíritu y en verdad (Jn. 4,23), pero ha encontrado corazones de piedra. Este es todo el drama de Israel. A pesar de todo, a lo largo de la historia, el Espíritu Santo ha suscitado verdaderos adoradores entre el pueblo, sobre todo entre los pequeños y los pobres.

Pero podríamos decir de la adoración lo que hemos dicho de la conversión; para adorar es preciso haber entrevisto, aunque no sea más que instantáneamente o como en un espejo, el rostro infinitamente hermoso y santo de Cristo, sobre todo su rostro trinitario, ese rostro que no se parece a nada. Es preciso haber sido seducido, atraído, cautivado por ese rostro, y sobre todo dejarse poseer por él. Hemos sido creados para la adoración. Pero para que haya adoración es preciso que cantemos esta evidencia con alegría y para eso, hace falta algo más que evidencia, hace falta el amor.

Digamos antes de nada que el hombre salido de las manos de Dios y creado a su imagen, está habitado por ese amor que le lleva a alabar a Dios, a ofrecerse a él y a perderse en él. Como a la Virgen que en cuanto percibe la ternura de Dios para con ella, le sube del corazón un canto de adoración: «El Poderoso ha hecho en mí maravillas: Santo es su nombre.»

Este movimiento de amor no está reservado a las criaturas racionales; el dinamismo entero del universo se inunda por el amor de Dios. Por eso, después de Daniel que canta el himno del universo (Dn. 3, 57-58), Francisco de Asís compondrá en su lecho de muerte el himno de alabanza de las criaturas. Somos tan sólo un pequeño punto de la gloria de Dios. El hombre que no se vuelve hacia Dios hace sufrir a la naturaleza con una violencia insospechada porque le impide cumplir su función profunda que es la adoración y la alabanza de Dios.

Más allá y más profundo que nuestro instinto egoísta, existe en nosotros un éxtasis ciego que nos empuja hacia el otro para fundirnos en él. Somos lanzados a la existencia en un estado de explosión oblativa; desgraciadamente, la unión con el otro no

puede realizarse más que en la diferencia, y por eso deja en nosotros un sentimiento de insatisfacción y de soledad, algo así como un gusto anticipado de muerte. Encontramos este deseo de éxtasis en todos los drogados que quieren hacer el viaje para experimentar el paraíso de la fusión, aunque no saben reconocerla porque es anárquica. Aunque se dejen engañar por todos los espejismos, los jóvenes reclaman esto y la única realidad que podemos ofrecerles es el amor de Dios.

Aun en el infierno, Satanás tiene sed de esto porque lo lleva en su naturaleza. De ahí que este éxtasis alimente lo mismo el pecado que la virtud y la santidad, sólo que en el pecado se le resiste, en vez de lanzarlo hacia Dios y se repliega sobre sí. San Bernardo hablará de la naturaleza curvada: *natura curva*, comentando el pasaje del Evangelio sobre la mujer encorvada. En cambio, en el amor, se deja uno llevar por la oblación espontánea y se va hasta el extremo de esta apertura, en la alegría.

Esta oblación es el alma de todo sacrificio. Pero en el sacrificio también se da la respuesta de Dios, el fuego del cielo que viene a consumir la víctima. Primero debe ofrecerse la víctima, y es el amor oblativo el que empuja al hombre a ofrecer a Dios su cuerpo y la creación entera. Pero esta oblación no es de verdad víctima antes de que sea consumida por el fuego del cielo. Es el misterio del holocausto que encontramos en Teresa de Lisieux.

A fin de vivir en un acto perfecto de amor, yo me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando que se desborden en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en vos, para que así llegue yo a ser mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío!⁶

Desde ahora, hay que señalar que el hombre tiene sed de sacrificio y no sólo de oblación, pues ha sido creado por Dios en un estado en el cual no puede prescindir de él. Si resiste por el pecado a la oblación total que le ofrece al verdadero sacrificio, cae en la abominación de la que la historia humana nos ofrece constantes ejemplos y que se perpetúan en el siglo XX bajo formas claras

⁶ TERESA DE LISIEUX: *Acto de ofrenda al amor misericordioso*, en *Obras Completas*. Monte Carmelo, Burgos, 1975, 4.ª ed., pág. 1195.

para los que tienen ojos para ver: literatura negra, films de horror, perversión sexual, droga, etc.

De este modo el hombre es lanzado a la vida en un estado de explosión oblativa; si es fiel a esta oblación que le promueve en la oscuridad y si deja hablar a su corazón tal como Dios lo ha creado, su vida se convierte en un sacrificio de alabanza, asumido por un intenso deseo de perderse en Dios. La esencia de la vida cristiana es ser una liturgia de acción de gracias, una eucaristía en la que se pierde para Dios y en Dios, proclamando que él es el único que importa.

He aquí la gran definición de la vida espiritual en san Pablo: «En todo dad gracias» (1 Tes., 5,18), no sólo en la liturgia, sino derramando vuestras fuerzas en libación, para que se gasten y se consuman en la llama de Dios, liberados de cualquier preocupación. A veces nos preguntamos para qué servimos; en la medida en que un ser está entregado a Dios y a sus hermanos, es un canto de alabanza a la gloria de Dios, y su vida se convierte en oración continua.

Todo sería mucho más sencillo, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestros defectos, nuestros mismos pecados, esos días en los que tenemos la impresión de haber fracasado, si pudiésemos comprender que el problema no está en funcionar bien sino en ofrecer. La materia de un sacrificio no hace falta que sea noble, basta que sea ofrecida. En vez de ofrecer un día perfecto (¿qué significa eso?) ofrecemos un día lamentable, ¿qué importa, con tal que se ofrezca? Dios puede hacer lo que quiera del menor instante de nuestra vida si nosotros estamos decididos a ofrecerlo tal como es.

Para liberarnos de todos nuestros complejos, lo más sencillo es darlos tal como son, sin tratar de librarse de ellos antes. Los que se acicalan antes de presentarse a Dios, parecen como si no quisieran darle todo, sino lo más hermoso, aunque sea precisamente lo feo lo que desea curarle Cristo: «No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores.» (Lc. 5,31).

Nuestra miseria es la única puerta de entrada en el misterio de la Trinidad. Por tanto, vayamos resueltamente, no rehusemos nada, demos todo sin apartar nada, pero sin hacer tampoco inventario de nuestra entrega. Las cosas fueron creadas para ser quemadas y pulverizadas y para ese uso, importa poco que sean

bonitas o feas porque sus cenizas serán iguales. En nuestra civilización que quiere dominar, que quiere ser una civilización del poder, necesitamos más que nunca hombres que sean no sólo dueños sino sacerdotes de la creación universal.

Orar sin cesar

En este contexto de una vida hecha eucaristía, nació la plegaria continua, llamada *oración de Jesús*. Esta oración busca actualizar la gracia bautismal, es decir nuestro injerto en el cuerpo resucitado de Jesús. Según la expresión de Pablo, el bautismo nos ha despojado del hombre viejo, para revestirnos del hombre nuevo, creado en santidad (Ef. 4, 22-24). En el fondo de su ser el hombre ha vuelto a encontrar la condición paradisíaca y se ha reconciliado con Dios, consigo mismo y con sus hermanos. Se comprende entonces que Pablo invite a vivir en la acción de gracias y a hacer de su vida una eucaristía incesante: «Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre.» (Col. 3,17).

En la profundidad siempre santa e incandescente de la Iglesia como cuerpo sacramental del resucitado, el Espíritu «dador de vida» abre a cada uno la vía de la deificación. Los Padres gustaban decir: «Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios», y san Atanasio de Alejandría precisaba: «Dios se ha hecho portador de la carne para que el hombre pueda llegar a ser portador del espíritu.»

El humanismo total y verdadero, se da tan sólo cuando el hombre es transfigurado por el Espíritu. Nicolás Berdiaëff, ese gran filósofo que contempla el rostro humano como una ventana abierta al infinito, decía: «El secreto supremo de la humanidad, es el nacimiento de Dios en el hombre, y el secreto supremo de la divinidad, es el nacimiento del hombre en Dios. En Cristo, Dios se hace rostro, y el hombre a su vez descubre su propio rostro.»

Dios, expropiado de su creación por el pecado del hombre, la recupera desde dentro. A través del *fiat* de la Madre de Dios y de la obediencia del Hijo, el abismo inaccesible vuelve a nosotros como un rejuvenecimiento, por emplear el término bíblico. Vuelve a nosotros en el pan y en el vino de la Eucaristía. Y por eso, cuando invocamos el nombre de Jesús salvador, hacemos memo-

ria de Jesús en el sentido fuerte de memorial, de recuerdo vivo y actual de esta presencia.

Los judíos no se atrevían a pronunciar el nombre de Yavé; a lo más, el sumo sacerdote lo pronunciaba una vez al año el día de Yom-Kipur, del gran perdón. Se le había reemplazado por un vocablo más anodino: Adonai. En Jesús, en cierto modo se nos va a revelar el nombre propio de Dios. Es un nombre propio que podríamos llamar expropiado. En la medida en que Dios sale de su trascendencia, en que se nos revela en la *kénosis* de la cruz, en esta expropiación total, es donde nos revela su nombre propio, Jesús, que significa: «Dios salva, Dios rescata, Dios libera.»

Se comprende por qué los apóstoles curan y hacen milagros en el nombre de Jesús. Hacen penetrar el vigor de su gloria en el corazón de este mundo de tinieblas, de pecado y de enfermedad, para evacuar el germen de muerte sembrado por Satanás. Como dice Leon Dufour: «Los milagros son irrupciones de la gloria de Dios en el mundo de la miseria.»

Invocar el nombre de Jesús es hacer memoria de Jesús en el sentido eucarístico de la anámnesis. Cada vez que decimos Jesús en la oración, actualizamos su presencia, entramos en su eucaristía, y, a la vez, invocamos la parusía. Toda eucaristía es parusiaca, pues en Jesús todo está recapitulado. El es el alfa y la omega. Cuando hacemos la anamnesis del Señor Jesús, celebramos la anamnesis del origen y del final de la humanidad y de todo el cosmos. Como dice Máximo el Confesor: «El es el principio, él es el medio y él es el fin de todas las cosas, y el primer lugar de nuestra existencia humana.»

De este modo, en la eucaristía, nuestra vida diaria e histórica vuelve a encontrar su vocación original, que es la de ser alabanza de gloria a la Trinidad. En la epiclesis de comunión, suplicamos al Espíritu por todos aquellos que van a compartir este pan y beber de esta copa:

Concede a cuantos compartimos
este pan y este cáliz
que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo,
seamos, en Cristo,
víctima viva para tu alabanza.

(Plegaria eucarística IV)

Por la eucaristía entramos en la divino-humanidad o, para usar una expresión que abre y cierra el evangelio de Lucas, en la «gran alegría». La eucaristía es el lugar de un Pentecostés perpetuo, pues el cuerpo de Cristo es un cuerpo abrazado por las energías del Espíritu. Cuando el sacerdote repite la gran epiclesis eucarística de la consagración: «Señor, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti», entramos en el cuerpo de Cristo al comulgar estos dones, transformados en el cuerpo y la sangre del resucitado. Es Pentecostés que continúa y nos absorbe.

Pero el problema es que no se puede celebrar a todas horas la eucaristía. En Occidente, a fuerza de repetir el rito, corremos el peligro de verlo degradarse. Por eso debemos poner el acento en su interiorización. Existe una cena totalmente espiritual que el Señor toma en la cámara alta de nuestra alma y que nos une a Cristo como la esposa al esposo: «Permaneced en mí como yo en vosotros.»

En Oriente, no se celebra todos los días, pero son muy sensibles al fruto que debe producir de unión e identificación con Cristo. En cuanto esta unión cesa en la vida, hay que volver a la eucaristía sacramental. Se habla de eucaristía continuada, perpetua, incesante. ¿Qué debemos hacer para que este estado eucarístico se haga estable? En otras palabras, ¿cómo llegar a ser hombres eucarísticos?

He aquí la gran definición de la vida espiritual que da san Pablo: «En todo dad gracias» (1 Tes. 5, 18). Notemos que esta recomendación viene inmediatamente después de la de orar constantemente (5.17). Así la oración continua es el fruto del deseo de dar gracias en todo. En griego, todavía hoy, para decir «gracias», se dice *eucharistô*. Por tanto, hay que convertirse en un hombre que celebre, dé gracias y reciba la acción de gracias en todos los instantes de su vida.

De este deseo de dar gracias ha nacido la oración continua. *El peregrino ruso* dice al comienzo del libro:

El domingo 24 después de Pentecostés fui a rezar a la iglesia, durante la misa. Se leía la Primera epístola de san Pablo a los tesalonicenses, donde dice entre otras cosas: *Orad sin interrupción* (1 Tes. 5, 17). Este versículo se imprimió en mi memoria y me puse a pensar cómo es posible

rezar sin interrupción, ya que el hombre tiene que ocuparse de tantas cosas para ganarse la vida ⁷.

Después de esto se pone en camino para emprender una peregrinación en el espacio, que es sobre todo una peregrinación al corazón. Busca al hombre que pueda decirle una palabra de vida (*réma*), encuentra muchas personas que le sueltan hermosos discursos sobre la oración, pero no al hombre que le enseñe lo que debe hacer, hasta el día en que encuentra un anciano (*gerontos*), uno de esos *staretz* que irradia oración en todo su ser. En Oriente, a cualquier monje se le llama anciano, aunque tenga veinticinco años; un buen viejo es aquel que está revestido de la verdadera belleza que sube del corazón. El ideal es sintonizar las edades de la vida, llegar a ser un viejo con la barba y los cabellos blancos y tener los ojos de un niño. Recordad lo que dice Silvano:

El Señor me ha concedido ver entre los *staretz* rusos un *hieromonje* mientras oía las confesiones. Tenía el aspecto de Cristo. Aunque sus cabellos eran blancos a causa de su vejez, su cara era hermosa y joven como la de un adolescente..., es que la gracia de Dios embellece al hombre; el pecado le deforma ⁸.

El peregrino ruso encuentra a uno de esos ancianos:

Apenas entramos en la celda, comenzó de nuevo a hablar: La continua oración interior a Jesús es una llamada continua e ininterrumpida a su nombre divino, con los labios, en el espíritu y en el corazón; consiste en representarlo siempre presente en nosotros e implorar su gracia en todas las ocasiones, en todo tiempo y lugar, hasta durante el sueño. Esta llamada se compone de las siguientes palabras: *Jesús mío, ten misericordia de mí*. Quien se acostumbra a esta plegaria encuentra en ella tanto consuelo y siente tal necesidad de repetirla, que no puede vivir sin que espontáneamente resuene dentro de él. ¿Comprendes ahora lo que es la oración continua? ⁹

⁷ *El peregrino ruso*, pág. 41.

⁸ SILVANO: *Ob. cit.*, págs. 44-45.

⁹ *El peregrino ruso*, pág. 49.

No se trata de repetir mecánicamente esta oración, aunque a menudo es posible acomodarla al ritmo de la respiración diciendo al inspirar, «Jesús mío» y al expirar, «ten misericordia de mí». Hay en ello una posibilidad sumamente humilde y sencilla que era muy conocida en Occidente donde se empleaba a menudo la palabra del Salmo: «Señor, ven en mi ayuda», o sencillamente *Kirie eleison*.

«Jesús mío, ten misericordia de mí», es una fórmula que puede variar. Se puede alargar: «Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador», o al contrario recortarla cada vez más hasta reducirla sencillamente al recuerdo del nombre amado, Jesús.

Es un modo de oración adaptado al hombre de hoy que declara que no tiene tiempo de orar. De hecho, cuando se practica, se descubre que tenemos mucho más tiempo del que imaginamos; el tiempo de subir la escalera, de andar por la calle o en el metro, etc. Un monje de la Iglesia de Oriente escribía hace unos años:

La invocación del nombre de Jesús está al alcance de los más humildes adoradores, y sin embargo introduce a los más profundos misterios. Se adapta a todas las circunstancias de tiempo y de lugar: trabajos del campo, de la fábrica, del despacho, de la casa, todos son compatibles con ella.

El mismo monje explica muy bien el contexto teológico y litúrgico de esta oración, para quitarle su carácter exótico que corre peligro de hacer de ella un yoga cristiano.

A lo que apunta la oración de Jesús, es a la toma de conciencia de la deificación del hombre creado a imagen de Dios. Se nota esto al leer los escritos de Silvano en que su búsqueda apunta a conocer experimentalmente la gracia del Espíritu Santo y vive una alternancia de presencia y ausencia de Dios. Se podría decir, que es la hermenéutica de la oración que hace comprender por dentro la vida del Espíritu. Es también la llave que abre los corazones y el secreto de la historia. Es lo que les sucede a los grandes *staretz*, por ejemplo a Barsanuvo que, aunque vivía recluido, leía en los corazones. La oración de Jesús le hacía poroso a lo invisible, conservándole vulnerable frente a sus hermanos.

El peregrino ruso se expresa así:

Tiene razón los santos Padres cuando afirmaban que la *filocalia* es la llave para penetrar en los misterios de la Sa-

grada Escritura. Con ayuda de este manual empecé a comprender parcialmente la palabra de Dios.

El hombre interior, el misterio del corazón, la verdadera oración, el reino de los cielos está en vosotros, permaneced en mí, dadme el corazón, revestirme de Cristo, el grito desde el fondo del corazón: Abba, pater..., todo se me iba revelando poco a poco ¹⁰.

En otras palabras es la unificación del hombre a partir del corazón en el cual reside la energía divina. El hombre iluminado por esta luz del Espíritu vive a partir de un centro, que ilumina e irradia toda su persona, sus sentidos y sus facultades. Ahí es donde se sitúa la verdadera ascesis. El corazón del hombre es el centro de integración donde habita la energía bautismal. El nombre de Jesús, portador de su presencia, es el instrumento máximo de esta unificación. Este es el tema de la vigilancia y de la guarda del corazón. El hombre está en marcha hacia la oración continua, y filtra sin cesar su corazón en el nombre del Señor Jesús.

¹⁰ *El peregrino ruso*, pág. 74.

3. El hombre en marcha hacia la oración continua

Hemos dejado a nuestro peregrino ruso en la celda del *staretz*; ha encontrado por fin alguien que tiene un «conocimiento místico» de la oración de Jesús y cuya enseñanza está fundada en «la experiencia alimentada por la acción». Una vez que el *staretz* le ha explicado lo que era la oración de Jesús interior y constante, y le ha preguntado si lo ha comprendido bien, el peregrino va a plantearle la pregunta crucial:

Sí, Padre, lo comprendo perfectamente. En nombre de Dios, enseñadme cómo podré acostumbrarme, exclamé lleno de alegría ¹.

Entonces empieza la larga formación del peregrino por su padre espiritual. Le inicia en el misterio de la oración continua, mucho más por la irradiación de su ser ensamblado por la oración que por sus palabras. El padre espiritual no es nunca un ser que enseña, sino alguien que engendra a imagen del Padre celestial. Henri Fauconnier, en un libro titulado *Malaisie* hace decir a uno de sus héroes: «No se puede nunca llevar a un discípulo más que hasta sí mismo y el camino es a menudo muy largo.» Esta es la peregrinación del corazón que continúa a través del tiempo y del espacio.

Toda la tradición va a insistir en la importancia y la necesidad de hacerse ayudar, «ya que la acción interior no puede prosperar

¹ *El peregrino ruso*, pág. 49.

sin la iluminada guía de un *staretz*»²; aun ayudándose de un buen libro, como la *Filocalia*, hay que volver continuamente a quien haya recorrido ya el camino. El hombre está en marcha hacia la oración continua, pero no ha alcanzado todavía el final. Continuando la lectura del *Peregrino*, comprendemos mejor en qué va a consistir la ayuda del *staretz*. Va a sostener su marcha, repitiéndole a tiempo y a destiempo un único consejo: «Persevera en la oración.»

Este consejo será orquestado de cien maneras diferentes, pero en el fondo no variará nunca. En este sentido el padre espiritual no hace más que recoger la palabra de Cristo a propósito de la viuda importuna: «Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer» (Lc. 18,1). Este es también el pensamiento de Pablo sobre la oración: «Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (1 Tes. 5, 17-18).

Perseverar en la oración

El *staretz* presenta al discípulo la forma de oración más preciosa y profunda, hacia la cual deben tender todas las demás. Es la oración permanente y más o menos consciente de los que son habitados por Dios y su vida trinitaria, con fuerza suficiente para que nunca pueda escapar del todo a su influjo. En su vida ya no se puede distinguir entre reflexión, acción y oración, hasta tal punto tiene el corazón lleno de Dios. Su oración se parece al chorro incesante de una fuente que se alimenta en las profundidades misteriosas del corazón. La oración se ha convertido en una vida interior a su propia vida. En ellos la oración penetra toda la existencia, como el ritmo de la respiración y los latidos del corazón animan el cuerpo.

Cuanto más se avanza en la vida de oración o en la formación para la oración, más se llega al convencimiento de que no hay más que una sola palabra para los que quieren aprender a orar: «*Perseverad.*»

«Dios, dice san Juan Clímaco, concede el don de oración al

² *El peregrino ruso*, pág. 52.

que ora». No es posible enseñar a orar a otro, como tampoco es posible enseñarle a amar, a alegrarse o a llorar. Sencillamente, hay que dejar que la vida trinitaria respire en nosotros. Sólo el Espíritu Santo escondido en el fondo de nuestro corazón puede enseñarnos a orar. La única cosa que podemos hacer, es disponernos a acoger el don de oración.

Cristo nos dice muy pocas cosas a propósito de la oración: hay que entrar en el cuarto, callarse, cerrar la puerta y orar al Padre en lo secreto, es decir, arrojar del corazón todas las preocupaciones que nos asaltan legítimamente y, muy a menudo también, reconocámoslo, ilegítimamente. Por el contrario insiste mucho en la confianza y la perseverancia: hay que pedir, buscar, golpear y sobre todo no desanimarse nunca, ni cansarse. Para que comprendamos bien esta perseverancia, trae la comparación del amigo importuno y del juez inicuo. Hay que pedir «sin avergonzarse» (Lc. 11,8), y aun «aburrir» a Dios hasta «ponerle la cabeza como un bombo» (Cfr. Lc. 18,5). Hay que hacer notar la fuerza de las expresiones empleadas por Jesús y, al mismo tiempo, la bondad del Padre que se deja ablandar en la medida de la confianza del que ora (Lc. 18, 7-8).

Por lo demás, esta perseverancia está íntimamente ligada a la fe y a la confianza. La oración llena de fe es capaz de desplazar los montes y las moreras: «Tened fe en Dios. Os aseguro que quien diga a ese monte: "Quítate y arrójate al mar", y no vacile en su corazón, sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis» (Mc. 11, 23-24).

Oramos y oramos mal, por eso no obtenemos nada. Nuestro verdadero pecado es nuestra falta de confianza en el poder y potencia de nuestra oración. Si pudiéramos de veras el don de la oración continua, el Señor no nos lo negaría, pues esta oración es esencialmente un don de Dios, pero es a fuerza de perseverar en los tiempos ordinarios de oración y en la oración de Jesús como llegaremos a recibirlo. Trabajamos años y años, con medios humanos irrisorios para llegar a la oración incesante, y un día, se nos concederá, sin que sepamos por qué ni cómo. Es un don de Dios. Por eso nunca debemos dejar de pedir esta oración.

Siendo un joven novicio, oraba un día ante el icono de la Madre de Dios y la oración de Jesús irrumpió en su corazón, y he aquí que en adelante habitó en él para siempre ³.

El *starezt* del peregrino va a insistir muchísimo sobre la perseverancia en la obra de la oración. Todo el que se ponga a orar debe estar animado del deseo de recibir el don de la oración continua, es decir el deseo de orar rigurosamente todo el tiempo, sin cansarse jamás, como dice el evangelio. En este punto no es posible transigir: es el carácter totalmente absoluto de nuestro deseo, y sólo él, lo que nos autoriza y nos obliga a no desanimarnos nunca del éxito mediocre de nuestros esfuerzos, en particular cuando estamos obsesionados por alguna tentación o arrastrados por algún torbellino, más o menos duradero, que hace imposible el recogimiento.

La verdadera razón de nuestros fracasos en el dominio de la oración, es la falta absoluta de nuestro deseo de Dios y de nuestro don a Dios. O más bien es la razón por la que llamamos fracaso lo que no merece ser llamado así, y apartamos nuestra mirada del verdadero fracaso de nuestra vida de oración. El que quiere entrar en una auténtica vida de oración y esperar un día el don de la oración continua debe aceptar:

La intuición o el tormento de lo que debe ser, o debería ser el don total a Dios. Digo intuición o tormento, para precisar que este don se nos puede dar o no, puede estar en camino de hacerse o de deshacerse. Lo que importa es la aceptación leal, radical e intrépida de una lucidez tan grande como sea posible. Reconocer que éste es el gran negocio de la vida, que todo lo demás es secundario o literatura. Aceptar el ser atormentado durante toda la vida por esta llamada ⁴.

Es preciso aclararse. El combate que supone nuestra búsqueda y nuestra huida de Dios se sitúa en el plano íntimo de la intención que anima nuestro corazón. Los que tienen de verdad el deseo de darse a Dios gimen durante mucho tiempo porque no llegan — y

³ SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 53.

⁴ MOLINIE, M. D.: *Lettre n.º 1 sur la prière*, pág. 12. Todo nuestro pasaje sobre la perseverancia se inspira en esta carta.

de hecho no llegan — pero no gemirían si no tuviesen el deseo profundo y punzante de darse del todo, es decir, la intención eficaz que decide, a fin de cuentas, toda nuestra vida, que hace de nosotros, hijos y amigos de Dios, no extraños y mercenarios.

Los que se han entregado así del todo porque tienen sed, y tienen sed porque lo han dado todo (en el plano de la intención), tienen fácilmente la impresión desesperante de fracasar en su esfuerzo de oración y recogimiento, precisamente porque en el fondo de sí mismos, querrían que este recogimiento fuese perpetuo, absoluto, devorador y definitivo como una inmersión en el océano, lo que evidentemente no es de esta tierra. Para ellos, este «fracaso» no es ya un fracaso, es un exilio sin nombre, una angustia calmada, aunque fugazmente, una sed devoradora y a la vez una esperanza irreprimible que anima su alegría.

Al contrario, los que quieren prepararse *su* sitio en la oración, un sitio honroso, serio, de honor, sin desear de veras, consciente o inconscientemente, que esta oración lo invada todo, lo barra todo, y les conduzca finalmente al deseo de disolverse en la muerte para estar con Cristo, los que intentan triunfar así en la oración... no pueden tener éxito, ni tampoco fracasar, más que a un nivel totalmente superficial, mucho menos importante de lo que ellos creen. Su verdadero fracaso corresponde al nivel íntimo porque no comprenden lo que quiere decir orar según el espíritu del evangelio, que es rigurosamente totalitario.

En este punto no es posible transigir: o somos hombres invadidos totalmente por la oración, o nos estamos preparando un *buen* sitio en la oración, reservándonos una pequeña parte personal, y no entendiendo nada del espíritu del evangelio. En mi vida, he encontrado muchos hombres amantes de la oración, que consagran a ella una gran parte de su tiempo y están interesados por todo lo que se escribe sobre este tema, pero debo confesar que he encontrado muy pocos hombres de oración, es decir seres en los que no es posible distinguir entre reflexión, acción y oración, de tal manera que se sientan poseídos por esta oración que transfigura toda su vida. Hagámonos en este sentido una pregunta: ¿cuando nos acaece una pena, una tentación, una prueba o una alegría, nuestro primer movimiento es pensar en salir de ella, o nos ponemos de rodillas para alabar a Dios o para suplicarle que mueva nuestro espíritu y nuestro corazón de acuerdo con su voluntad? ¿Oramos por todos los rostros que encontramos? En otras

palabras, ¿sabemos transformar en oración nuestras impresiones, nuestros sufrimientos y toda nuestra vida?⁵

No cansarse nunca

Se plantea por tanto una cuestión: ¿la vida de oración continua estará cerrada a los que no han sabido entregarse totalmente al impulso que anima una vocación a la santidad? ¿Estará cerrada a los pecadores y a los que experimentan su debilidad? Esto sería doblemente falso:

a) Porque el dominio de nuestras intenciones profundas es inconsciente, y nadie puede saber nunca «si es digno de amor o de odio». El fondo del corazón del hombre permanece impenetrable, dice el salmista.

b) Porque la oración se ofrece a los peores pecadores como un recurso universal al cual están todos invitados, y Cristo es a ellos a los que primero ha recomendado el orar sin cesar y sin cansarse nunca. No se puede comulgar sin intención recta y la esperanza fundada de estar en amistad con Dios, pero para orar, ni siquiera es necesario tener fe, pues es la oración la que nos la concede.

Por tanto, hay que volver a lo que decíamos al principio. El fondo de nuestro corazón es el que debe convertirse; si no oramos continuamente es por causa de nuestro corazón de piedra o de nuestro cuerpo de muerte. No podemos saber qué profundidad alcanza nuestro deseo de Dios, ni en qué medida queremos darnos del todo, pero siempre podemos tomar este don total y profundo como el bien esencial que pedimos en la oración. Falta saber si lo hemos dado todo. Pero aun con la impresión de que estamos lejos de haberlo hecho, e incluso con la impresión, bastante peligrosa, de que ya está todo hecho, podemos pedirlo y pedirlo sin cesar... o pedir el pedirlo sin cesar; pedir que la oración nos invada como un maremoto.

Lo esencial en este negocio es la perseverancia, único fruto visible y casi infalible de la profundidad de nuestros deseos. Por

⁵ Cfr. Anexo I: *La valentía en la oración*, pág. 97.

eso los teólogos la señalan como una de las cualidades esenciales de la oración que es siempre escuchada. Las otras cualidades se resumen al fin y al cabo en pedir ese ser invadidos por la oración perpetua.

No podemos saber lo que vale el fondo de nuestro corazón, pero podemos saber con bastante claridad lo que significa la perseverancia, para esforzarnos en practicarla y verificar que lo hacemos. La perseverancia no consiste esencialmente en ignorar los desfallecimientos y aun los períodos de infidelidad, aunque tenga evidentemente tendencia a resistirlos. La perseverancia consiste en esencia en volver a emprender incansablemente el camino, suceda lo que suceda, después de cualquier tormenta o de cualquier período de flojedad. Es la paciencia de la araña que vuelve a comenzar indefinidamente su tela cada vez que la ve destruida. Es una tenacidad secreta, íntima y flexible, en las antípodas de la obstinación, de la rigidez o del entusiasmo. Es una virtud profundamente humilde; recíprocamente la humildad es profundamente perseverante, no se desanima jamás. El orgullo es el que se desanima, sólo él.

¿Pero qué debemos hacer si nos sentimos orgullosos? Reconocer que hay dos hombres en nosotros, y liberar por la oración al hijo de Dios que es humilde. En el mismo momento en que un orgulloso empieza a orar con rectitud, y sobre todo si pide humildad, deja de ser orgulloso. Tiene que perseverar en este esfuerzo para ganar la partida. Pero no ha de desanimarse por el retorno más o menos frecuente de estos accesos de orgullo; la tenacidad en la esperanza será el más poderoso y eficaz de sus actos de humildad.

Lo que acabamos de decir del orgullo puede decirse, con mayor razón, de todos los obstáculos menos graves, de todas las pasiones y de todas las traiciones que nos apartan continuamente de la oración. Si la vuelta a la oración es incesante, también la victoria es segura. Los Padres nos dicen de buena gana: Si no tienes el don del dominio de ti mismo, sábetelo que el Señor te quiere salvar por la oración. Y repiten una y otra vez que no hay que tratar de vencer las pasiones por las propias fuerzas, sino acudir incesantemente a la oración. Y añaden: Si se alarga el tiempo de la oración y llega a invadir toda tu vida, ya no pensarás más en ello y no tendrás tiempo para obrar mal. Escuchemos lo

que dice Serafín de Sarov a propósito de la oración y de las otras obras espirituales:

Es cierto que toda obra buena hecha en nombre de Cristo confiere la gracia del Espíritu Santo, pero la oración más que ninguna, pues está siempre a nuestra disposición. Tenéis, por ejemplo, ganas de ir a la iglesia, pero la iglesia está lejos o ha terminado el oficio; tenéis ganas de dar una limosna, pero no encontraréis a un pobre o no tenéis dinero; queréis permanecer vírgenes, pero no tenéis fuerzas suficientes para ello, a causa de vuestro natural o a causa de los engaños del enemigo que no os permiten resistir la debilidad de vuestra carne humana; queréis tal vez encontrar una buena obra para hacerla en nombre de Cristo, pero no tenéis fuerza para ello, o no se presenta la ocasión. En cambio nada de esto afecta a la oración: todos tienen la posibilidad de orar; el rico como el pobre, el notable como el hombre corriente, el fuerte como el débil, el que tiene salud como el enfermo, el virtuoso como el pecador ⁶.

De momento, no añadiremos más, pues las razones que ofrecemos aquí nos parecen las más importantes. Antes de saber cómo tenemos que orar, importa mucho más saber cómo «no cansarse nunca», no desanimarse nunca. Los consejos que podría daros y los que nos ofrece la Iglesia, no os librarán de la impresión de que no sabéis orar. Al contrario, esta impresión aumentará con la profundidad misma de la oración. San Pablo es el primero en reconocer que no sabemos cómo orar, ni tan siquiera lo que hay que pedir (Rom. 8,26). No se trata, pues, de procurar salir de esa impresión, que equivaldría a ponerse a la búsqueda de un estado de insatisfacción particularmente peligroso y cercano al fariseísmo. Se trata, por el contrario, de descubrir progresivamente lo que Dios nos pide, con una agudeza tal que no nos inquietemos de saber si oramos bien o mal, sino que vivamos con el deseo de que la oración lo invada todo y no ya nuestra oración, sino esta realidad que viene de Dios y que es la oración de Jesús en nosotros, el gemido inenarrable del Espíritu.

⁶ SERAFIN DE SAROV: *Spiritualité orientale*, n.º 11. Bellefontaine, 1973, páginas 188-189.

Entonces comprendemos por qué el *staretz* aconseja al peregrino ruso repetir frecuentemente la *oración de Jesús*, sin preocuparse de la pureza de su oración. Hay que ofrecer a Dios lo que podemos ofrecer, es decir la repetición de la fórmula. Aunque tengamos la impresión de que oramos solamente con los labios, esta oración frecuente atraerá a la larga la oración interior del corazón y favorecerá la unión del espíritu con Dios. La oración, tal vez seca y con distracciones pero continua, creará un hábito, se convertirá en una segunda naturaleza y se transformará en oración pura, en admirable oración de fuego:

El apóstol san Pablo dice: «Os suplico, pues, que, ante todo, hagáis fervientes oraciones» (1 Tim. 2,1). El cristiano debe, ciertamente, hacer muchas obras buenas, pero, *en primer lugar*, debe orar, porque sin la oración nada bueno, en general, podrá realizar. No puede encontrar el camino que lleva al Señor, no puede entender la verdad, no puede crucificar su carne; con todas sus pasiones y toda su sensibilidad intactas, no puede ver encenderse en su corazón la luz de Cristo, no puede ser feliz y vivir en unión con Dios. Nada de esto puede realizarse sin la oración continua. La perfección de nuestra oración no está en nuestro poder, ya que dice el apóstol: «No sabemos lo que nos conviene pedir» (Rom. 8,26). Rezar con frecuencia, siempre, es el medio que se nos propone para alcanzar la oración pura, madre de todos los bienes espirituales ⁷.

Una cosa que no se dice a menudo en los libros que tratan de la oración de Jesús y que enseñan todos los que la practican, es la experiencia del silencio. Recuerdo que encontré un día a una anciana que rezaba el rosario desde hacía muchos años y que me hizo esta pregunta: «¿Tengo que recitar el Ave María con los labios? Desde que me levanto por la mañana, me da la impresión de que sorprende a mi corazón rezando el Ave María.» Es evidente que nos encontramos aquí fuera de los caminos habituales de la *oración de Jesús* y que no es posible dar consejos concretos. Cuando uno percibe así su estado de oración, comprende lo ridículo de nuestros propios deseos y de nuestros esfuerzos, se

⁷ *El peregrino ruso*, pág. 47.

deja uno llevar por la ola de la oración y... que venga lo que Dios quiera. El espíritu de infancia es muy necesario para soportar este maremoto, porque ciertamente es el único que puede dejarse llevar con facilidad por algo que le desborda y que se goza de no entender en absoluto.

Por eso hay que introducir el silencio en la invocación. Es preciso que haya en ella, en cierto modo, algunas notas de órgano. Invocad el nombre de Jesús y deteneos un momento, de manera que el silencio penetre en vosotros e interiorice vuestra oración. Pues la relación del silencio y de la palabra es la relación del Espíritu y Cristo. «Os conviene que yo me vaya...» para que os entregue otra presencia, totalmente espiritual, que os hará interiores a mí. El silencio es el interior de la verdadera Palabra y del Logos, es el Espíritu que desciende sobre Cristo para revelárnoslo, es la relación de la paloma y del cordero.

Existe una palabra racional y lógica, es una palabra sin silencio. Y hay una palabra del Logos, ya que el Logos está unido al Espíritu Santo, pues sobre Cristo descansa la unción del Espíritu. El Espíritu es el silencio de Cristo, que es en cierto modo un silencio de amor y de comunión. El Padre y el Hijo se unen en un silencio mutuo que es el abrazo del Espíritu: «Tú eres mi hijo muy amado en el que he puesto todo mi amor.»

La clave del arte litúrgico consiste en hacernos escuchar este silencio, ya sea porque haya una parada o porque la música se enrolle alrededor del silencio. Del mismo modo la oración personal debe enrollarse alrededor de estos momentos de silencio. Anotad esta admirable reflexión de Isaac el Sirio: «El silencio es el lenguaje del mundo futuro.»

El hombre experimenta entonces cierta plenitud pues la oración se filtra en toda su vida para purificarla; es la *pleroforia* de los espirituales orientales. Caminar, respirar, trabajar, mirar las cosas más humildes, sin olvidarnos del rostro del hermano, da un sentimiento de plenitud, una capacidad de hacerse presente a cada instante que pasa. Es la experiencia de la resurrección en el tiempo.

En toda ocasión, acudid a la oración (Flp. 4,6)

Una de las mayores gracias que un hombre puede obtener, en este mundo, es descubrir que, en el nombre de Jesús, puede uni-

ficar toda su existencia, orar en cualquier circunstancia y vivir a gusto en todas partes. Esta experiencia de plenitud alegre en Jesús, llamada *pleroforia*, se vive a partir de la misma vida, siendo el nombre de Jesús, portador de su presencia, el instrumento principal de esta unificación. Para comprender bien cómo esta actitud de oración continua es posible y realizable, partiendo de las mismas dificultades y alegrías de la existencia, hay que orar con detenimiento los últimos consejos de Pablo a los filipenses: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca. No os inquietéis por cosa alguna; antes bien en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.» (Flp. 4, 4-9).

El pensamiento de Pablo es claro: el Señor Jesús está cerca, está presente y vivo por el poder de su nombre. Cada vez que aparece una necesidad, que surge una tentación o que una alegría nos ilumina el corazón, hay que volver a la oración y a la plegaria para presentar nuestras peticiones a Dios. Y esta súplica debe estar impregnada de alabanza, de bendición y de acción de gracias; en una palabra, nuestra vida debe transformarse en eucaristía⁸. Contemplemos desde más cerca esta actitud existencial que encontramos a cada paso en los salmos.

Cuanto más avanza el hombre, mayor conciencia toma de sus limitaciones; envuelto por olas de muerte, algunos días experimenta el sufrimiento y la tentación: «Los lazos del seol me rodeaban, delante de mí trampas de muerte.» (Sal. 18,6). Debe aprender entonces a convertirse en un hijo que encuentra totalmente natural acudir constantemente a su padre, con la audacia tranquila de la confianza más absoluta. Y esto debe vivirlo, no de una manera intelectual, sino en el afán cotidiano de una vida muy corriente.

Como el salmista debe adquirir un reflejo de recurso a Dios, y aprender a gritar hacia su Padre desde lo más hondo de su miseria y de su pecado: «Clamé a Yavé en mi angustia, a mi Dios invoqué; y escuchó mi voz desde su Templo, resonó mi llamada en sus oídos.» (Sal. 18,7).

⁸ Cfr. capítulo cuarto: *El hombre en estado de oración ininterrumpida*.

No se trata de dar a Dios un nombre común, llave maestra, ni un nombre en tercera persona del singular sino en primera y segunda persona: «Clamo hacia Ti.» Pensad por ejemplo en Job, tomad todas las situaciones de la Escritura, en la vida de los santos y de los pecadores, que están marcadas por tensiones y conflictos; allí donde hay tensión trágica o conflicto, hay siempre una experiencia personal de oración. Entonces se le puede dar a Dios un nombre propio: «¡Oh tú, mi alegría!» «¡Oh tú, mi dolor, que te encuentras en el corazón de mi vida, como un tormento, como una pregunta, como una piedra para tropezar!» Cuando somos capaces de hablar a Dios con pasión, hemos establecido con él una relación de oración.

En este momento, Dios puede también darnos nuestro verdadero nombre propio. Para ello, hay que bajar cada vez más dentro de uno mismo, para alcanzar el punto en el que existe una puerta a la que llamar, hasta el punto en el que es posible que esta puerta se abra. Llegará un momento en el que la puerta se abra de verdad y es preciso que tengamos preparado un nombre para Dios. Debemos poder llamarle con un nombre que demuestre que ciertamente somos nosotros quien le buscamos y no un ser humano anónimo, el señor X o la señora Z.

Nuestra búsqueda de Dios se realiza, pues, al ras de nuestra existencia, a través del dolor, de la angustia, de la esperanza y de toda la gama de alegrías y penas. No tratamos de evadirnos de una tarea, ni de escapar de nuestras tensiones interiores o de los demás. Evitamos quejarnos para soñar en otra cosa distinta de lo que hay que vivir. Permanecemos sumergidos en lo cotidiano tal como es, porque es ahí donde nos hacemos santos. No es una manera de hacer más fácil la vida, sino de ayudarnos a vivir lo difícil con medios pequeños, pero de una manera grande; ¿dónde está el secreto?

Depende siempre de dos polos. Dios-amor y las manos vacías del hombre. Cuanto más avanza el hombre, más consciente es de que está lejos de Dios, el inigualable. Está separado del amor de Dios por un abismo y es preciso tender un puente sobre ese abismo. En las dos orillas, hay colocados sólidos cimientos, se levantan pilares. En nuestra orilla está la humildad, por la cual el hombre limitado y pobre, acepta humildemente su imperfección y su impotencia. Sobre la orilla de Dios infinito, está la misericordia en la que cree el hombre. Del mismo modo que la humildad, la

fe en el amor misericordioso de Dios es una condición esencial de la esperanza. Sobre estos pilares se tiende entonces el puente de la confianza amorosa y el hombre puede llegar hasta Dios. O más bien Dios mismo se presenta en ese puente, toma al hombre y le lleva a la otra orilla. Es el puente de la esperanza, o mejor la dinámica de la confianza.

Se trata de no fiarse en absoluto de uno mismo, sino únicamente de Dios y de su amor: «Es la confianza, decía Teresa de Lisieux, y nada más que la confianza, la que debe llevarnos al amor.» Esta idea resume todo su manuscrito. Nosotros tratamos de ir a Dios por la confianza y también por algo más, buscando al mismo tiempo otros apoyos, algunas señales, algunas garantías (nuestros esfuerzos, nuestras virtudes, el medio que nos rodea). Lo propio de la confianza, es no buscar otra cosa, no apoyarse en nada, más que en el amor y en la misericordia. Si no buscamos a Dios por la confianza, en la misma medida en que vamos a él por otra cosa, dejamos de tener confianza, y por consiguiente perdemos todo. Veis que es grave, tan grave que hay que tener valor para ver las cosas de frente hasta el fin. No hay que apoyarse en nada, más que en Dios, nuestra roca, nuestro supremo punto de apoyo.

Y de aquí surge la oración. En cuanto aparece el peligro o las cosas se ponen difíciles, se acude a Dios. Se cuenta en la vida de los santos griegos la historia de Máximo que aprendió a orar, no a pesar de la agitación y de la turbación, sino a causa de ellas y porque representaban un peligro real⁹. Si llegásemos a comprender que, en nuestra vida todo puede ser ocasión de oración, sabríamos utilizar la turbación y la tentación como trampolín hacia Dios. Los maestros espirituales afirman que con Dios nada hay imposible. Todo es posible para quien cree. (Mc. 9,23).

«Existe una oración que nace de la desesperación y de la esperanza» (San Juan María Vianney). Dios responde siempre a esta oración: «¡Quiero convertirme, quiero ser amable, puro, bueno, estoy cada vez más desanimado, pues veo muy bien que no llegaré nunca a serlo; empiezo a conocerme!» No, la cuestión no está ahí. Lo que hace falta es conocer el amor eficaz de Dios. Y este amor se experimenta, no en los libros, sino a fuerza de llamarle a

⁹ Cfr. Anexo II: *Padre, ¿quién te ha enseñado la oración continua?*, pág. 99.

él. Entonces lo que es muy difícil e imposible se hace realizable por un recurso a Dios.

Para esto, hace falta adquirir el reflejo del recurso a Dios. No se trata de recurrir una vez, sino de la fuerza de la petición, de la calidad del amor, de la súplica. Entonces ponemos en juego los tres dinamismos del cristiano: fe, esperanza y caridad. Es preciso «muscular» poco a poco nuestra triple relación con Dios por recursos a él. Al principio son débiles, luego se hacen cada vez más potentes como todo lo que se vive y ejercita. Esto supone peticiones fuertes, recursos a Dios encarnizados, asaltos del amor. No hay que inquietarse por la debilidad de nuestros primeros recursos y decirle a Dios: «Creo, Señor, que puedes en este momento darme fuerza para eso, pues me amas.»

Siempre permaneceremos pequeños. Y sin embargo vamos a vivir la relación más extraordinaria con Dios, y también la más auténtica: pedirle lo imposible, es decir la posibilidad de avanzar allí donde el camino está humanamente bloqueado. De ahí esa aparente paradoja: acudir a Dios con las manos vacías, para que todo dependa de la fuerza de la petición. «Todo lo que pidáis al Padre... creed que ya lo habéis recibido en la fe». Este es el camino de la santidad: «La santidad no consiste en esta o en aquella práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace consciente de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en la bondad del Padre» (Santa Teresa de Lisieux). Se trata de una sencilla disposición del corazón para recibir todo de Dios sin poseer nunca ni virtud ni fuerza.

Sencillo y no sencillo. La doble dificultad consiste en considerarnos muy débiles hasta el fin de nuestra vida, y, en segundo lugar, en tener una audaz confianza en Dios. No es el raciocinio el que nos proporciona estas dos cosas. Es preciso ensayar ¡Hay que hacerlo! No os quejéis si no tenéis éxito. Si os contentáis con escuchar estas palabras sin hacer nada, no tenéis ningún derecho a quejaros. En cuanto a testimonios de éxito, puedo proporcionaros millares: el de santa Teresa de Lisieux, el de Silvano y el de los monjes de Oriente.

Filtrar el corazón en Jesús

En la práctica, ¿cómo hay que vivir esta actitud? Se trata de volver a encontrar una actitud fundamental y tradicional de la espiritualidad oriental: filtrar los pensamientos en el recuerdo frecuente del nombre del Señor Jesús. En Occidente encontramos poco más o menos el mismo movimiento espiritual; recordemos algunas manifestaciones de esta actitud como el examen de conciencia en san Ignacio, el recuerdo de Dios en san Benito, el movimiento anagógico en san Juan de la Cruz, el instante presente en el padre de Caussade, el movimiento de abandono en santa Teresa de Lisieux. Se trata siempre de la misma actitud. Dentro de nosotros se dan una ola de deseos, de impresiones interiores, y de acontecimientos externos que nos meten en un torbellino. Sin embargo estamos bautizados, el Espíritu Santo habita en nosotros, y Cristo vive en nuestros corazones por la fe. Por eso avivemos el recuerdo siempre fresco de la fuente de la que hemos nacido y volvamos a sumergir en ella nuestros deseos y nuestras impresiones, para que todo nuestro ser quede impregnado de la vida del Espíritu. Desarrollemos el recuerdo vivo del Señor Jesús en el interior mismo de estos pensamientos para que él los purifique.

Los Padres del desierto hablan a este propósito de la vigilancia y de la guarda del corazón. La conciencia, armada con el nombre de Jesús, adquiere la costumbre de escrutar atentamente los *logismoi*, los pensamientos, (la palabra está en el evangelio), pero no los pensamientos cerebrales, sino los pensamientos como impulsos germinativos que pueden convertirse en obsesiones: si esos pensamientos son buenos, se les reviste del nombre de Jesús; si son malos, se les destruye. Y esto sobre todo de noche; por eso es tan importante el sueño. Cuando todo está tranquilo, la conciencia habitada por el nombre de Jesús, se coloca junto al abismo del corazón, que es el subconsciente, y cuando sube un pensamiento, el germen de una actitud existencial, la conciencia lo examina para acogerlo o destruirlo:

La invocación facilita la guarda del corazón. Cuando un pensamiento, en el sentido evangélico, aflora al subconsciente, es preciso, antes de que se haga obsesivo, aplastar

con el Nombre la sugestión diabólica y transfigurar la energía así liberada revistiéndola del mismo Nombre ¹⁰.

San Juan Casiano explica muy bien que hay que invocar el nombre de Jesús en el momento de dormirse, para que la oración penetre el sueño. Los que son débiles y no pueden practicar metódicamente la guarda del corazón, deben confiarla a la sangre eucarística, dice Nicolás Cabasilas.

Desde este punto de vista esta actitud es continua como la oración. Es como un ejercicio de presencia de Dios, no exterior a la acción que estamos llevando a cabo ni a nuestras condiciones de vida. Se realiza en la acción de cada momento purificando los motivos y dirigiendo nuestra intención hacia Dios. Más que presencia de Dios, es cooperación a la acción de Dios en nosotros.

Así, en nuestra debilidad, experimentamos la fuerza de la gracia a condición de que objetivemos esta debilidad y la reconozcamos en una toma de conciencia lúcida. Al aceptar vernos como somos, nos abandonamos a Dios en la confianza. Si se nos presenta una dificultad, no permanezcamos a su nivel. Realicemos un despegue inmediato para examinarla con Dios. Si se trata de una molestia inútil o imaginaria (miedo), aparecerá así a la luz y desaparecerá por sí misma: «Creo que en las cosas muy importantes no se superan los obstáculos. Se les mira con fijeza todo el tiempo que sea necesario hasta que, en el caso de que procedan de los poderes de la ilusión, desaparecen» (S. Weil).

Nunca se evita una dificultad huyendo de ella, sino adentrándose en ella, pues el germen de la liberación se encuentra en el fondo.

Si es una verdadera dificultad, hay que tratar de medirla desdramatizándola. Hay que aceptar siempre vivirla hasta el final sin tratar de escapar, aunque nos resulte demasiado difícil. Hay que buscar que en nuestras manos vacías, Dios ponga las fuerzas deseadas. Esa es la dinámica de la confianza.

En la debilidad, experimentamos así la presencia y la acción del Señor. De aquí la importancia de la oración de Jesús que coloca a Cristo en el centro de nuestro ser de hombres: «Que mi humanidad se convierta en un campo experimental para el Espíritu Santo» (Teilhard de Chardin). Es un recuerdo constante y purifi-

cador del Señor Jesús, del cual procede la actitud de san Alonso Rodríguez, el portero de Mallorca: «Cuando padezco una amargura en mí, pongo esta amargura entre Dios y yo y le pido hasta que la transforma en dulzura.» Se trata de hacer llegar esta amargura a la conciencia clara y colocarla ante el Señor para que transforme el obstáculo en medio. De este modo, trasladamos toda nuestra existencia a Dios con toda su complejidad. Esto debe convertirse en una actitud corriente en la vida, obra a la vez de la gracia y cooperación a la gracia en la vida concreta que llevamos. Es algo interior al minuto que vivimos, para experimentar la presencia de Dios en el acontecimiento:

¿Habré olvidado las fuentes de rejuvenecimiento? Poner todo en Dios libera las energías para mirar más allá de los seres y vivir una parcela de eternidad ¹¹.

Se puede estar privado de la oración, de los sacramentos y de los demás medios espirituales, pero de lo que no se está nunca dispensado, es de ponerse en manos de Dios, en el interior de uno mismo, para purificación del corazón. Es una fuente de libertad profunda y una liberación de energía. Ahí se sitúa la verdadera unión con Dios en la acción. Lo que importa es que nos encontremos en lo más profundo de la vida de Dios, más allá de lo profano y de lo sagrado: «Y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios» (Ef. 3,19).

Al terminar este capítulo sobre el hombre en marcha hacia la oración continua, tal vez convendría subrayar el papel del cuerpo en el nacimiento y crecimiento de esta oración. Ya hemos dicho que la oración de los labios, aun pronunciada sin gusto, puede encender en el corazón una oración de fuego. Para el salmista, el justo medita y ora con la boca —«la boca del justo susurra sabiduría» (Sal. 37,30)—, lo que es bastante desconcertante para un occidental que ora sobre todo con la cabeza. Sabemos perfectamente que hay una interacción entre el cuerpo y el alma y que ciertas actitudes corporales favorecen o hacen surgir la oración. San Benito decía ya en su tiempo que los dos montantes de la escala por la que el monje asciende a Dios son el cuerpo y el alma.

¹⁰ CLÉMENT, O.: *Questions sur l'homme*. Stock, Paris, 1972, pág. 86.

¹¹ SCHUTZ, R.: *Que tu fiesta no tenga fin*. Herder, Barcelona, 1978.

A propósito de esto, quisiéramos subrayar en la vida de santo Domingo un documento del Código Rosiano que comienza así:

Existe una manera de orar según la cual el alma se sirve de los miembros del cuerpo a fin de lanzarse a Dios con más fervor, de tal manera que el alma que anima al cuerpo es, a su vez, movida por él, y entra a veces en éxtasis como san Pablo, o bien en santos transportes, como el profeta David. Conviene narrar a este propósito lo que hacía santo Domingo que recurría frecuentemente a este modo de oración.

Siguen después las nueve maneras de orar de santo Domingo, ilustradas cada una de ellas con un dibujo: la oración de las inclinaciones, la oración de las postraciones, la oración de la sangre, la oración de las miradas, la oración de las manos, la oración de violencia, la oración de imploración, la oración de intimidad, la oración contemplativa en los caminos y la oración de la tarde (su última oración, el testamento). Cada texto está acompañado de un grabado que representa a santo Domingo en oración: postrado, tendido el rostro contra el suelo, fijos los ojos en el crucifijo, las manos extendidas ante el pecho o las manos abiertas y los brazos extendidos con fuerza en forma de cruz, las manos juntas y extendidas con fuerza por encima de la cabeza, etc.¹² Cada vez, una palabra de la Escritura nos hace adivinar la oración que vive en su corazón. He ahí una manera muy sencilla y muy realista de orar, que está al alcance de los más humildes adoradores, y que nos introduce en el secreto de la súplica.

¹² Santo Domingo en oración, según el código Rosiano. Prefacio del código, pág. 4. Biblioteca dominicana de Bolonia.

4. El hombre en estado de oración ininterrumpida

Quando el hombre ha adquirido la costumbre de acudir a Dios en todas sus cosas, para presentarle sus peticiones o para bendecirle en la acción de gracias, entra en un estado de oración incesante. Ha liberado en él su corazón de oración y se sorprende al ver cómo esta oración nace de su interior sin darse cuenta. Cuando el corazón se unifica y se reconstruye la inteligencia, brota la luz. San Gregorio del Sinaí habla de la oración que brota del corazón como un alegre fuego. La luz divina del Espíritu penetra en el corazón. No se trata de éxtasis o de raptos —esto es para los que empiezan— sino de ver la luz. Hay que entender el término «visión» que es también calor.

Parece que algo se eleva de las profundidades de nuestro ser. Una energía íntima o una fuente de luz que irradia su propio brillo son otros símbolos que tratan de describir la comunión con la fuente de la luz que es Cristo resucitado o el Espíritu Santo. Como los discípulos en el camino de Emaús, el hombre siente que le arde el corazón en el fuego del Espíritu. Este fuego es también una dulzura inenarrable que lo impregna de la oración sin interrupción: «Haz penetrar la dulzura de tu Espíritu hasta el fondo de nuestro corazón» (postcomunión de la misa votiva del Espíritu Santo).

El hombre se da cuenta entonces de que esto no es sencillamente un éxtasis, ni tampoco un *enstasis*, en el sentido de que habla Dom Le Saux de la mística del Oriente no cristiano. San Gregorio Niseno, después de reflexionar sobre la visión de Dios y haber descubierto que no es otra cosa que el deseo de Dios, forjó un neologismo admirable: *epectasis*, de *epi* que evoca la omnipo-

tencia de Dios y *ek* que evoca la tensión, el deseo hacia el único. Cuanto más nos llena Dios, más lejano nos parece. Cuanto más le conocemos más desconocido lo encontramos. Es un conocimiento por desconocimiento.

Esta es la llave de toda comunicación entre dos seres humanos: cuanto más conozco a mi amigo y más me lleno de su presencia, más desconocido lo descubro. Nunca podemos decir que lo conocemos totalmente porque le habríamos anonadado. Como dice el cardenal Daniélou en su libro sobre san Gregorio Niseno, «el hombre espiritual se convierte en un universo en expansión», cada vez más abierto a esta plenitud trinitaria y cada vez más unido a todos sus hermanos. La capacidad de acogida de la vida trinitaria se ensancha hasta alcanzar las dimensiones de esta luz infinita que se hace oscuridad, nube luminosa, a causa del mismo brillo de su intensidad. En este sentido, hemos de revisar nuestra idea del cielo donde Dios será eternamente descubierto y contemplado sin agotarlo jamás. Hay que precisar también que la vida eterna, lo mismo que el infierno, empieza aquí abajo; es la presencia de Dios en el corazón del cristiano, es una dilatación. Hay que tener una visión dinámica de la presencia de Dios en nosotros y de la eternidad. Cuanto más lleno se está más se tiende hacia; este es el misterio de la comunión. No se trata de una fusión, o si existe, como dice el Maestro Eckart, «es una fusión sin confusión». Como escribía san Gregorio Niseno, esta eternidad ya presente, es ir de principio en principio, por principios que no tendrán fin.

La oración espontánea

La oración del corazón, espontánea e ininterrumpida, no es otra cosa que ese «sobrecogimiento» de la dulzura del Espíritu en lo más íntimo del corazón. Según una bella expresión de Tomás de Celano, a propósito de Francisco de Asís, el hombre así transformado por el Espíritu, se convierte en oración viva. La oración se ha desintelectualizado para identificarse con todo el ser, aun físico, totalmente poseídos por la oración, para comprender que puede hacer cuerpo con todo su ser, y convertirse en una vida interior a su propia vida. A veces, la gente piensa que orar siempre

es un trabajo complicado y fatigoso. Para ellos, la oración se superpone a las demás actividades, y se comprende entonces qué difícil es vivir en medio de esa división psicológica, con pensamientos de acompañamiento. Pero para el que ha recibido el don de la oración del corazón, este estado de oración ininterrumpida es, al contrario, una fuente de liberación, pues la oración anima todas sus actividades, pensamientos, deseos, alegrías, sufrimientos, y aun el mismo reposo y sueño.

Como dicen los Padres de Oriente: «Cuando tienes dolor de muelas, no necesitas pensar en ello para tenerlo presente, pues te ha dominado por completo. Lo mismo ocurre con la oración del corazón que se infiltra en toda tu existencia.»

Es difícil hacer comprender esto a quien no tiene ninguna experiencia, por pequeña que sea. Es como hablar de la luz a un ciego. Con el que habla de oración pasa lo mismo que con quien quiere escribir un panegírico del vino, dice el padre Surin; buscará todo lo que han escrito los filósofos y los literatos sobre el tema, pero, ¿qué saben todos ellos al lado del pobre aldeano que bebe vino todos los días aunque no sepa hablar de él?

Se percibe bien el «prendimiento» de Dios, en el testimonio de Serafín de Sarov¹. Charlaba un día con uno de sus discípulos, atormentado ya, podríamos decir, por el problema de la identidad cristiana. Le preguntaba:

- ¿Cuál es el fin de la vida cristiana?
- Es la recepción del Espíritu Santo, le respondió el santo.
- ¿Pero de qué manera puedo reconocer que me encuentro en la gracia del Espíritu Santo?

Entonces Serafín le hizo entrar en el misterio de la deificación, y he aquí a los dos en una luz brillante. Este pasaje de los diálogos con Motovilov es un lugar teológico del discernimiento espiritual. Se descubre en él con qué señales reconoce el hombre que vive y actúa en la luz del Espíritu: es el estado de oración ininterrumpida.

¹ Resumimos aquí este diálogo que se puede encontrar en: SERAFIN DE SAROV: *Spiritualité orientale*, n.º 11, *ob. cit.*, pág. 181.

— ¿Qué sientes ahora? — pregunta el padre Serafín.

— Me encuentro extraordinariamente bien. Siento en mi alma un silencio, una paz que no pueden expresarse con palabras.

— Eso es, amigo de Dios, la paz que el Señor ofrecía a sus discípulos cuando les decía: «Os doy mi paz, no como la da el mundo...» Pero, ¿qué más sientes?

— Una extraordinaria dulzura.

— Es esta dulzura de la que hablan las Escrituras: Beberán la bebida de tu casa y los saciarás con el torrente de la dulzura. Se diría que esta dulzura hace fundir nuestros corazones, llenándolos de felicidad... Y, ¿qué más sientes?

— Mi corazón desborda con una alegría indecible.

— Cuando el Espíritu Santo — prosigue Serafín — desciende al hombre, el alma se llena de una alegría inefable, porque el Espíritu recrea en la alegría todo lo que toca.

En este estado de alegre plenitud, el hombre es recreado desde el interior y experimenta un nuevo nacimiento. Vuelve a encontrar su condición paradisiaca en el jardín del Edén; su vida es culto espiritual. Los espirituales llegan así a lo que se llama oración espontánea u oración ininterrumpida. Es la oración del corazón que brota como una fuente. «De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.» (Jn. 7, 38-39).

En este mismo momento, la oración se identifica con los latidos del corazón:

Después de algún tiempo me di cuenta de que mi oración había pasado de los labios al corazón. Me parecía que el corazón, con cada uno de sus latidos, repetía las palabras de la oración: 1.º) Jesús, 2.º) mío, 3.º) ten misericordia... Luego experimentaba en mi pecho y en mi corazón un fuego singular y beatificante ².

Este estado ni puede crearse ni es necesario desearlo, sino que se concede por gracia al que ora con todo su corazón y persevera.

² *El peregrino ruso*, pág. 62.

El hombre ya no está en la zona cerebral, sino que está con la oración en su corazón, en el nombre del Señor Jesús a quien invoca:

Quando el Espíritu establece su morada en el hombre, éste ya no puede dejar de orar. Ya duerma, ya vele, la oración no se separa de su alma. Mientras come, mientras bebe, mientras está acostado o trabajando, mientras está sumido en el sueño, el perfume de la oración exhala espontáneo de su alma. En adelante, ya no domina la oración en períodos de tiempo determinados, sino en todo tiempo ³.

Y el peregrino ruso dirá:

Me acostumbre de tal manera a la oración que no la abandonaba nunca, la sentía resonar dentro de mí, no sólo cuando estaba despierto, sino también durante el sueño sin interrumpirse por un solo instante ⁴.

¿Quién ha alcanzado el estado de oración perpetua? El hombre despierto a la vida del Espíritu, que desde que se despierta por la mañana, vuelve a encontrar la oración viva en él, que no le abandona hasta la noche; aun al adormecerse desea que la oración penetre su sueño. No se trata de una actividad psicológica, repítámoslo, sino de una espiritualización de toda su persona. El hombre deificado no está en acto de oración, sino en estado de oración. Un monje escribía: «Al acto de oración sucede el estado de oración.» Esto es muy importante porque el hombre es oración.

La verdadera naturaleza del hombre es oración, como la verdadera naturaleza de todas las cosas. Por eso los monjes construyen sus santuarios en el monte para que su oración esté sostenida por la del cosmos. El cosmos entero se alimenta por la oración; sólo se necesita que pueda brotar. Hacen falta hombres para manifestarla, pues ellos son los que dan sentido al mundo al liberar la oración del cosmos.

El hombre vuelve a encontrar su verdadera naturaleza. La oración metódica tiene por objeto ponernos en estado de oración, es

³ *Traité de Isaac de Ninive*, pág. 174.

⁴ *El peregrino ruso*, pág. 84.

decir, hacer que volvamos a ser nosotros mismos. Por eso dice el monje de Oriente:

El nombre de Jesús se convierte en una especie de llave que abre el mundo, un instrumento de secreta ofrenda, una aposición del sello divino sobre todo lo que existe. La invocación del nombre de Jesús es un método de transfiguración del universo.

Máximo el Confesor dice que, en el estado de oración continua, el hombre recoge los *Jogoi* de las cosas. Ve la Palabra subsistente de Dios en todas las cosas, la Palabra por la que todo fue creado y la recoge, no para adueñarse de ella, sino para ofrecérsela a Dios. Descubre «el rostro como un icono», por ser el rostro el lugar por excelencia donde el hombre traduce el fondo de su ser, que es la relación; como dice Isaac, el Sirio, «ve la llama de las cosas», y descubre el mundo como una zarza ardiendo. Ve que el mundo está ya secretamente transfigurado por Cristo, y apresura por eso mismo la manifestación de esta transfiguración del mundo en Cristo. Así se expresa el peregrino ruso:

Cuando rezaba en el profundo recogimiento de mi corazón, todo lo que me rodeaba me parecía estupendo y maravilloso: los árboles, las plantas, los pájaros, la tierra, el aire, la luz, parecían decirme que todo había sido creado para el hombre, que todo era una demostración del amor de Dios hacia el hombre, que todo oraba al Señor, presentándole su homenaje de adoración y alabanza. Fue entonces cuando entendí el significado de la *filocalia*: *entender* el lenguaje de todas las criaturas; vi que podía hablar con todas ellas y que ellas me entenderían ⁵.

Una oración penetrada de acción de gracias

En el texto de la carta a los filipenses que hemos citado más arriba, Pablo invita al cristiano a suplicar a Dios en toda necesidad, pero le pide que su oración vaya penetrada de la acción de

⁵ *El peregrino ruso*, pág. 74.

gracias. La razón de esta alabanza, es que el Señor está cerca: «No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias.» (Flp. 4,6). Es importante subrayar la primera palabra de Pablo: «No os inquietéis por cosa alguna»; en otras palabras: ¡no hagáis caldo de cultivo de vuestras preocupaciones!

Descubrimos aquí la fuente de la oración de alabanza en aquel que ve la presencia del resucitado en todas las cosas. En el fondo es su fe y su confianza las que le empujan a bendecir a Dios. Mientras nos apoyamos en nosotros mismos, en nuestras propias fuerzas, en nuestros méritos, en nuestras virtudes o en nuestro medio, permanecemos inquietos y temerosos. Pero el día en que nuestra mirada descansa únicamente en Cristo, nuestro centro de gravedad bascula en el Padre y saltamos de gozo, porque recibimos cada instante de nuestra vida como un don de la ternura de Dios. La confianza, es la preferencia permanente dada a otra luz distinta de la nuestra. Lo importante en la fe, es la flexibilidad innarrable de la adhesión a la palabra de Dios. El movimiento de la fe debe, pues, realizarse en todo momento en nuestro corazón; es preciso renunciar a entender a todos los niveles, para entender según una luz que Dios nos dará. Es muy difícil, pero esto nos abre la puerta del paraíso. Volved a leer en la epístola a los hebreos el elogio de los testigos de la fe, que no se miran a sí mismos: «Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe.» (Heb. 12,2).

La fe supone humildad, pues los actos de confianza son privilegio de los humildes. Mediremos nuestra humildad por nuestra confianza porque, para tener confianza, es preciso no mirarse a uno mismo, sino únicamente a Dios y a lo que él quiere hacer. La dificultad de la fe es la misma que la de la humildad: se trata siempre de dar preferencia al pensamiento de Dios y no al nuestro.

En el capítulo segundo decíamos que la verdadera naturaleza del hombre es la adoración y la alabanza; podemos decir ahora que la adoración se hace imposible a los orgullosos y a los que se apoyan únicamente en sí mismos porque es el privilegio de los humildes. Todo esto está íntimamente unido en la vida de oración: la adoración supone la confianza y ésta es imposible sin humildad.

Como dice el padre Molinié, es muy difícil hablar de la humildad, porque es una virtud sumamente desconocida; no se la entiende, porque en el fondo no se la quiere entender. La humildad

no consiste en estar descontento de sí mismo, tampoco es la confesión de nuestra miseria o de nuestro pecado, ni tan siquiera, en cierto sentido, de nuestra pequeñez. La humildad supone, en el fondo, mirar a Dios antes que a uno mismo, y medir el abismo que separa lo finito del infinito. Cuanto mejor se ve esto (mejor dicho, se acepta el verlo) más humilde se hace uno.

Lo que nos aporta la humildad es una visión aguda de la santidad de Dios. La adoración supone la humildad, pero es también la adoración del rostro de Dios, que no se parece a nada, la que nos hace humildes: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y las has revelado a pequeños.» (Mt. 11,25). Jesús no dice a los tontos sino a los pequeños, que por lo mismo son los más inteligentes. La verdadera inteligencia, es el candor y la simplicidad de una mirada que penetra el fondo de las cosas.

Una mirada humilde está fascinada por algo distinto de sí mismo, y por ello liberada de todas las complicaciones. Se comprende por qué la humildad está muy lejos del complejo de inferioridad o del complejo de superioridad que en el fondo son lo mismo. Es la mirada sobre uno mismo, no la simple conciencia de sí mismo —que es inevitable y la Virgen la tenía—, sino el hecho de detenerse en uno mismo, de no despegar y rumiar las miserias como alegrías. Nunca acabaremos de hablar de la humildad que conduce a la adoración. Digamos que está íntimamente unida a la confianza en Dios. San Agustín dirá que el hombre está permanentemente solicitado por dos imantaciones incompatibles: amarse a sí mismo hasta el desprecio de Dios, y amar a Dios hasta el desprecio de sí mismo.

En este sentido, el hombre puede hacer de su vida una eucaristía o una oración de alabanza en la medida en que está vuelto hacia el rostro de Dios, poniendo en él su esperanza y su confianza: es la fuente de su alegría y de su adoración. El que pone en Dios su confianza se libra de toda preocupación, no tiene ya miedo de nada ni de nadie, es un ser libre. Un santo puede seguir teniendo miedo de los acontecimientos, pues le desconcertarán siempre, pero no tendrá miedo de Aquel que dirige los acontecimientos, pues sabe «en quién tiene puesta su fe» (2 Tím. 1,12).

A partir del momento en que ha puesto su confianza en Dios, sabe que los acontecimientos están gobernados por su mano paternal (Lc. 12,22) y vive de su gracia. Entonces puede proclamar

como la Virgen que Dios es Santo: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el poderoso, santo es su nombre.» (Lc. 1, 48-49). Pero para celebrar la gloria de este rostro, hace falta algo más que la evidencia, es preciso el amor. Para el hombre de oración, la celebración de la gloria de Dios no es un deber, o una deuda a saldar, sino la expresión tan auténtica como le sea posible de su admiración ante este rostro. Es la cumbre de su vocación de hijo del Padre, de hermano de Cristo y de templo del Espíritu.

El hombre que ha encontrado la oración del corazón se ha convertido en un templo vivo que adora sin cesar en espíritu y en verdad, es un icono de la gloria del resucitado. El templo de su cuerpo se ha convertido en una «casa de oración», en la cual glorifica a Dios, como Jesús se convirtió en el templo nuevo. El hombre se convierte entonces en sacerdote del mundo, el gran celebrante de la existencia, capaz de dar gracias, de hacer eucaristía hasta en la obra común de los hombres: el arte, la ciencia o la técnica: «Acercándoos a El, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo.» (1 Pe. 2, 4-5).

A propósito de este sacerdocio espiritual, dice Máximo: «El hombre se refugia como en una iglesia y un asilo de paz en la contemplación espiritual del cosmos. Entra en ella con el Verbo, y con él y bajo su dirección, ofrece el universo a Dios, en su inteligencia, como en un altar.» Esto puede vivirse a través de una investigación científica. Olivier Clément cuenta que unos jóvenes intelectuales rumanos, físicos atómicos, que investigan en el terreno de la microfísica, mantienen al mismo tiempo la oración de Jesús, con voluntad, no ya de desintegrar la materia, sino de reintegrarla.

Toda la existencia se siente como un acto litúrgico. «Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10,31). Existe pues, una manera evangélica y litúrgica de hacer las cosas corrientes de cada día. El aldeano en su campo, el obrero en el taller, el profesor en su clase, pueden liberar la nueva creación que «desea vivamente la revelación de los hijos de Dios» (Rom. 8,18), si purifican sus gestos y sus miradas por la oración de Jesús. Es la oración en la vida, o la contemplación en la acción.

Alabar a Dios porque es Dios

Però la oración de alabanza debe ir más lejos todavía. En efecto, la alabanza es todavía imperfecta cuando se dirige a Dios en función de los beneficios que recibimos de él —esta sería todavía una actitud demasiado interesada—, es preciso darle gracias, alabarle, bendecirle porque es Dios, porque en sí mismo es amor. Es la oración de bendición que encontramos en todas las páginas de la Biblia, y que Cristo expresa maravillosamente en el padrenuestro: «Padre, santificado sea tu nombre.» (Mt. 6,9).

Bendecir a Dios, es alegrarse de que exista y se manifieste como Dios; es alegrarse profundamente de su presencia. Dios es Dios... ¡punto final! «Padre, glorifica tu nombre» (Jn. 12,28).

A cambio, Dios hace bajar su bendición manifestando su rostro glorioso a sus hijos que le bendicen y alaban. «Yavé habló a Moisés y le dijo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así habéis de bendecir a los hijos de Israel. Les diréis: “Yavé te bendiga y te guarde; ilumine Yavé su rostro sobre ti y te sea propicio. Yavé te muestre su rostro y te conceda la paz. Que invoquen así mi nombre, sobre los hijos de Israel, y yo les bendeciré”» (Nm. 6, 22-27).

Como dice muy bien Hélineaud de Froimont, un cisterciense del siglo XII:

Hay unos que bendicen al Señor porque es poderoso; otros porque es bueno para ellos, finalmente otros porque es bueno en sí mismo. Los primeros son esclavos que tiemblan, los segundos, mercenarios que no piensan más que en su interés, pero los terceros son hijos que sólo piensan en su padre... Sólo este amor puede apartarnos del amor del mundo o del egoísmo para dirigirlo hacia Dios.

Se da una especie de recuperación de la condición parusíaca que se traduce en el hecho de que la vida de los santos es un canto de gloria a la alabanza de la Trinidad. Dios es Dios, eternamente, independientemente de lo que nosotros somos o podemos ser. Como niños, debemos extasiarnos ante esa santidad, darle gracias por sí mismo y por su amor indefectible. El corazón puro, dice Bonhoeffer, es aquel que no se mancha ni

con el mal que comete, ni con el bien que hace. Ese es el corazón puro, dice Eloi Leclerc, en un texto magnífico que nos invita a volvernos hacia Dios, abandonando todo cuidado y toda mirada a nosotros mismos:

Y cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es todavía un sentimiento humano, demasiado humano. Es preciso que levantes tu mirada más arriba, mucho más arriba, a Dios, la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar a Dios vivo y verdadero. Se interesa profundamente por la vida de Dios, y es capaz, en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo, encuentra su paz, todo su placer. Y el mismo Dios es por eso toda santidad. Pues si Dios reclama nuestro esfuerzo y nuestra fidelidad, la santidad no es un cumplimiento nuestro, ni una plenitud que adquirimos. Es ante todo un vacío que se descubre y se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que nos abrimos a su plenitud⁶.

⁶ LECLERC, E.: *Sabiduría de un pobre*. Marova, Madrid, 1970, pág. 129.

5. El verdadero amor al prójimo

Cuando el Espíritu ha establecido su morada en el corazón del hombre, ya no se puede distinguir entre amor a Dios y amor al prójimo, oración y caridad fraterna, porque estas dos realidades están inextricablemente unidas. La oración suscita una caridad total en el corazón.

«¿Qué es un corazón caritativo?», pregunta Isaac, el Sirio. «Es un corazón que arde de amor por la creación entera, por los hombres, por los pájaros, por las bestias, por los demonios, por todas las criaturas. Por eso un hombre así no cesa de orar, aun por los enemigos de la verdad, y por aquellos que le hacen mal: ora también por las serpientes, movido por la piedad infinita que brota de su corazón, que se asimila a Dios».

¿Qué es amar?

Comprendemos entonces en qué consiste el verdadero amor al prójimo. A menudo, nos repiten que deberíamos hacer un esfuerzo para amar a los demás o para vencer una antipatía, y por eso hemos llegado a creer que el amor al prójimo dependía de nuestra buena voluntad. Es cierto; el amor fraterno exige una actividad por nuestra parte, pero tiene que situarse en las profundidades de nuestro corazón, allí donde está derramado el amor. Pasa con el amor al prójimo lo mismo que con la oración; mientras intentemos hacer que nazca fuera, con el esfuerzo de la inteligencia o de la voluntad, fracasaremos lamentablemente. Este

amor no es una virtud moral. Antes de amar a Dios y a los hermanos, hay que vivir la realidad de que Dios me ama. Se trata de un amor recibido, es la vida del resucitado derramada en nuestros corazones. La caridad es siempre el fruto de la pascua de Cristo. Entonces se comprende que un corazón, un cuerpo, enteramente penetrados de la vida del Espíritu experimenten, al mismo tiempo que la oración continua, un verdadero amor al prójimo.

Estrictamente hablando nos esforzamos muy poco por la caridad, corremos peligro de que todo quede en ilusiones sentimentalistas o voluntaristas. Pero si vivimos desarraigados, pobres y desarmados, estaremos naturalmente entregados. Por eso Cristo insiste tanto en las bienaventuranzas y sobre todo en la pobreza, porque un corazón pobre sabe recibir amor y darlo. El patriarca Athenágoras, que era un hombre de oración y también de relación, capaz de manifestar a sus hermanos la ternura de Dios, decía a propósito de la pobreza como condición para el amor:

Hay que llevar a cabo la guerra más dura, que es la guerra contra uno mismo. Hay que conseguir desarmarse.

He mantenido esta guerra durante años y ha sido terrible. Pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo de nada porque el amor expulsa el miedo.

Estoy desarmado de la voluntad de tener razón, de justificarme descalificando a los demás.

He dejado ya de vivir preocupado, celosamente crispado sobre mis riquezas. Acojo y comparto. No me apego de modo particular a mis ideas ni a mis proyectos. Si me presentan otros mejores, o sin ser mejores, buenos, los acepto sin pena. He renunciado al comparativo. Lo que es bueno, real, verdadero, es para mí siempre lo mejor.

Por eso no tengo miedo. Cuando no se tiene nada, ya no se tiene miedo.

Si uno se desarma, se vacía, si se abre al Dios-Hombre que hace nuevas todas las cosas, él borra nuestro mal pasado y nos devuelve a un tiempo nuevo en el cual todo es posible.

¿Qué significa amar? Muchos dicen con insistencia que no es sólo cuestión de sentimiento, que el amor efectivo consiste en hacer la voluntad de Dios. Es, en efecto, el fruto más seguro del

amor, la señal por la cual le reconocemos y que se ejerce en la caridad fraterna: «en esto se conocerá que sois mis discípulos.» Pero la señal del amor, no es el amor mismo. Si intentamos cumplir la voluntad de Dios y amar a nuestros hermanos por una tensión heroica de la voluntad, corremos el peligro de querer arrancar de nuestro corazón los frutos del amor, sin haber plantado en él el árbol del amor que es al principio la más pequeña de las semillas.

En principio, amar no es ser heroico en el desinterés, sino que por el contrario, esta perfección no viene hasta el final. Amar es, primero, ser atraído, seducido, cautivado por el rostro de ternura del Señor; es haber sido fascinado por el mendigo del amor. De la misma manera que es imposible orar sin haber visto este rostro, es imposible amar a los hermanos si no hemos comprendido que Dios es amor. Es él quien nos ha amado primero. El primer acto libre y meritorio que se nos pide, es creer en este amor, ceder a esta seducción, a esta atracción, dejarse coger, dejarse «poseer», dejarse hacer.

El Señor es misericordioso; mi alma lo sabe, pero no es posible describirlo con palabras... Es infinitamente dulce y humilde, y si el alma quiere, se transforma en él, se convierte por entero en amor al prójimo, se hace también ella dulce y humilde¹.

El hombre que ha descubierto la dulzura de Cristo en la experiencia del Espíritu Santo, se ve revestido de la humildad de Cristo. Podríamos decir que Cristo era «naturalmente» humilde porque estaba fascinado por la gloria del Padre y al mismo tiempo, infinitamente dulce, con aquella dulzura de Dios que nos hace amar a nuestros enemigos. Si queremos aprender la humildad y la dulzura de Cristo para amar a todos nuestros hermanos, es preciso que digamos a Dios: «Muéstranos tu rostro y seremos salvos.»

Los esfuerzos que hacemos para amar a los demás, los más duros, son a veces desesperados y desesperantes, porque proceden muy poco del amor, y mucho de la voluntad de convenirse de que amamos; lo que equivale a querer hacer obras de amor sin amar. Se intenta imitar a los santos, se encierra uno en sí

¹ SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 20.

mismo (como la rana que quiere hacerse tan grande como el buey), y llamamos a esto perfección cristiana y religiosa. Pero la vida cristiana, ante todo, no es un ideal, es una realidad, la de la vida trinitaria infundida en nuestros corazones; el único ideal, es que esta realidad se desarrolle, algo muy sencillo que se vuelca en nuestro corazón, no sabemos por qué ni cómo, y que hace fácil todo lo demás: «Mi yugo es dulce y mi carga ligera.»

Es muy peligroso hacer de la oración o del amor fraterno un ideal, porque uno hace de ello su ideal. Perseguir un ideal, es a menudo tratar de imitar el amor por medio de esfuerzos agotadores que hacen penosa la vida y que no tienen gran valor a los ojos de Dios, porque no corresponden a su deseo. No tratemos de obrar como si hubiésemos alcanzado un grado más de aquel en el que estamos en realidad; el no sobrevalorarse es fruto del espíritu de infancia. A fuerza de puños no conseguiremos el amor; sino viviendo pobres y desarmados para poder ser invadidos por el amor trinitario, que es un amor recibido y acogido: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» (Rom. 5,5).

En el dominio del amor al prójimo, sentimos mucho la importancia de la oración para pedir amor, según la expresión de san Ignacio. En cuanto surge en nosotros una amargura o un sentimiento de venganza o de envidia o cualquier agresividad, hay que ponerse de rodillas y suplicar a Dios que nos lo cambie en dulzura. Una oración así siempre es escuchada, sobre todo si se pide el don del Espíritu. Igualmente, la oración continua tendrá por efecto transformar nuestro corazón por la ternura de Dios.

A propósito de este verdadero amor al prójimo, pienso en este hermoso texto de un *loco por Cristo*, de comienzos de siglo:

Sin la oración, todas las virtudes son como árboles sin tierra; la oración es la tierra que permite crecer a todas las virtudes. El cristiano, mi amigo, es un hombre de oración. Su padre, su madre, su mujer, sus hijos, su vida, todo esto para él es Cristo. Cuando llegue a amar a Cristo hasta ese punto, amaré necesariamente también a todas las criaturas de Dios. Los hombres creen que hay que amar primero a los hombres y luego amar a Dios. Yo también he hecho eso, pero no sirve para nada. Cuando, al contrario, he empezado a amar a Dios, en este amor de Dios he encontrado a mi

prójimo, y en este amor de Dios, mis enemigos se han convertido en amigos, criaturas divinas.

Y Evagrio decía:

Dichoso el monje que considera a todo hombre como Dios según Dios. Dichoso el monje que mira como suyo propio el cumplimiento de la salvación por los demás y el progreso de todos. El monje es el que apartándose de todos, se convierte en amigo de todos.

Y este otro texto de Isaac, el Sirio:

Déjate perseguir, pero tú no persigas. Déjate ofender, pero tú no ofendas. Déjate calumniar, pero tú, no calumnies. Alégrate con los que se alegran, llora con los que lloran; es señal de pureza. Con los que sufren, duelete. Derrama lágrimas con los pecadores. Alégrate con los que se arrepienten. Sé amigo de todos, pero en tu alma permanece solo.

Silvano de Athos decía, que al fin, el único criterio que tenemos para conocer si estamos en el camino de la oración total, es el amor de los enemigos en el sentido evangélico. Una señal evidente, decía ya Casiano, de que el alma no está todavía purificada, es que no tiene compasión con los pecados del prójimo, sino que les juzga severamente. Es preciso llegar a ser hombres desarmados, sin miedo, que avanzan con las manos abiertas a la acogida y al amor, porque llevan en él la certeza de la resurrección.

A los que llegan a esta profundidad de oración, se les abre el misterio de la historia y el misterio del corazón humano. Estando despierto, el hombre es capaz de vivir y expresar la ternura de Dios. Como dice Olivier Clément, éstas son las dos grandes palabras del oriente cristiano: *nepsis*, alerta; *katanixis*, ternura. El hombre de oración es un alertado. Coge la fuerza de sus pasiones y la crucifica, pero Dios la resucita convertida en esta ternura, en el sentido ontológico de dulzura fundamental. El poder del Espíritu, fruto de la pascua de Cristo, transforma el dinamismo del *eros* en *agapé*. Esto ha sido muy bien plasmado en el icono de Vladimir, la Virgen de la ternura. La madre tiene al niño en brazos,

los dos rostros se acurrucan uno al otro, y ambos nos miran. Sobre todo la madre de Dios mira al que está delante, al que la venera y ora, con una ternura insondable e infinita. Ante ese icono, Silvano, joven novicio, recibió el don de la oración continua.

¿Qué será de los pecadores?

He aprendido mucho acudiendo con frecuencia en la oración a mi amigo Silvano. El me ha hecho comprender que un hombre podía ser transformado en «oración viva» y que su oración podía elevarse como una columna de fuego hasta el cielo; me ha revelado sobre todo cómo el amor de Dios nos empuja a interceder por nuestros hermanos. Se dice que el abad Antonio el Grande había recibido el don de la oración de fuego. Oraba desde hacía tres días por la conversión de los pecadores, y los demonios suplicaban a Dios que le hiciese cesar en su oración, pues temían la sacudida de sus cimientos demoníacos en el mundo. Lo que llama la atención en un hombre como Silvano, es la fe en el poder de su oración por el mundo.

Gracias a los monjes, la oración no cesa nunca en la tierra y en esto está su utilidad para el mundo. El mundo se sostiene gracias a la oración. Si la oración cesase, el mundo perecería².

He comprendido mejor el grito de santo Domingo, que pasaba sus noches llorando y diciendo: «¿Qué será de los pecadores?» Leyendo a Silvano, estamos en presencia de un hombre que porque ha entrevisto el rostro de Jesús, está revestido de la humildad y de la misericordia de Cristo y por eso tiene pasión de orar por los pecadores, por los que suplica en todas las páginas de sus escritos. Cuando ora por los obreros del molino, presenta a Dios el rostro de cada uno de estos jóvenes, las circunstancias de su vida, su sufrimiento por haber dejado mujer e hijos en Rusia, y acaba derramando lágrimas de petición que le sumergen en Dios. Hay un grito que define perfectamente toda su vida:

Nada deseo tanto como orar por los demás como lo hago por mí mismo. Orar por los hombres quiere decir: dar la sangre de su propio corazón³.

Cuanto más invadido está un hombre por el Espíritu Santo, más adora e intercede por sus hermanos. Es la realización del doble mandamiento del amor: «Amarás a Dios con todo tu corazón y a tus hermanos como a ti mismo.» Por eso la oración de los santos oscila siempre entre estos dos polos: quién es Dios y qué será de los pecadores.

Hay que reconocer que muchos cristianos se encuentran a disgusto ante esta forma de oración por los pecadores y no comprenden lo que significa. Para ellos es como colocarse en la categoría de personas buenas, que oran por los demás. Si la oración de intercesión consistiese en hacer valer nuestros méritos, pronto quedaríamos descalificados, como el fariseo del evangelio. Pero, de hecho, se trata de una cosa totalmente distinta.

Cuando Silvano ora por sus hermanos, no se coloca aparte de ellos; ni siquiera ora en su nombre, pues sabe muy bien que no existe más que una sola oración que siempre es escuchada, la de Jesús, el justo por excelencia, que se ha hecho pecado haciéndose solidario de los pecadores para interceder por ellos y con ellos. «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor. 5,21). En el fondo, cuando Jesús grita a su Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», está también con nosotros en la cresta de la ola del infierno. Cuando decimos en el Credo, «descendió a los infiernos», queremos decir que Jesús bajó hasta el abismo en el que el hombre se enfrenta con Dios, consigo mismo y con sus hermanos. Jesús bajó hasta allí para «derribar los muros de separación» que nos dividen. En lo profundo de este infierno, Jesús se convierte en cualquier hombre que suplica al Padre que tenga piedad de los pecadores.

No hay otra oración de intercesión más que la de Jesús que suplica al Padre, con gran clamor de lágrimas y sufrimientos (Heb. 7,25), en lo más profundo de nuestra soledad. Es la oración del cordero sin mancha que quita el pecado del mundo, y que «justificará a muchos y soportará sus culpas» (Is. 53,11). Durante su

² SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 57.

³ *Ibidem.*

vida pública, Jesús pasaba las noches en oración. Durante la pasión, suplica al Padre con sus sufrimientos y sus lágrimas. Todo hombre de oración, está llamado, un día u otro, a seguir al corde-ro al Calvario, y, con todos los Abel y Job de la tierra, orar allí con lágrimas.

La oración de Silvano por los hombres tiene su origen en su comunión profunda con los pecadores. Un día en que estaba abrumado por pruebas y tentaciones de toda clase, preguntó al Señor qué debía hacer para que su corazón se volviera humilde. Y el Señor le respondió: «Manténte con el pensamiento en el infierno y no desesperes»⁴. Como Jesús, baja al infierno y experimentando en él su propio pecado, participa de la angustia, del sufrimiento y de la soledad de sus hermanos lejos de Dios. Entonces puede gritar al Padre y suplicarle que tenga piedad y que le arranque, con todos aquellos con los que se ha hecho solidario, del abismo del pecado. Pienso que no hay otra oración de intercesión más que ésta, pues nos hace participar de la única oración de Cristo en Getsemaní y en la Cruz:

Ama a los hombres hasta el punto de que cargues sobre ti el peso de sus pecados, pues El quiere que amemos también de este modo a nuestros hermanos⁵.

En la literatura judía, tenemos el presentimiento de lo que debería ser una oración de intercesión por los pecadores. Martín Buber cuenta la historia de Souziya, que era discípulo de un gran espiritual de su tiempo. Al verle lleno de discernimiento, capaz de ayudar a todos los que acudían a él, Souziya pide a su maestro que ore al Señor para que le conceda la visión del bien y del mal en los corazones. Y Dios le concede esta gracia.

Poco después, viene un mercader a ver al maestro de Souziya: la vida de este hombre estaba profundamente manchada por el mal, y el joven discípulo vio en una primera ojeada su alma, se horrorizó y gritó: «¿Cómo te atreves a presentarte ante la vista de un santo, tan impuro como estás?» El mercader se marchó. Su maestro llamó entonces a Souziya y le dijo: «Hace un momento, ha venido un hombre al que has arrojado fuera; sin embargo era

su última oportunidad.» Entonces el discípulo, atemorizado, pidió a su maestro que le obtuviese del Señor no volver a ver el mal. Pero el maestro le respondió que no, que los dones de Dios son inalienables, aunque pediría al Señor que le añadiera un nuevo don al que ya le había concedido: identificarse de tal manera con el hermano, que todo el mal que viere lo captara, no como mal del otro, sino como suyo propio.

Un segundo relato nos cuenta la peregrinación que Souziya hace un poco después a través de Polonia. Llega un día a una posada, pone sus ojos en el posadero y lo ve como lo ve Dios, en el horror del mal en que vive. El posadero le pregunta qué es lo que desea y el joven rabino le responde: «Nada... deseo sencillamente un rincón donde pueda hacer oración.» Le muestran un pequeño cuchitril y el posadero dice a su mujer: «¿Qué tipo de hombre es éste? Después de un largo camino, fatigado, cubierto de polvo, seguramente hambriento, no pide ni alimento, ni descanso, sino un rincón donde pueda orar. Voy a ver lo que hace.» Se deslizó hasta la puerta, la entreabrió sin hacer ruido y encontró al joven rabino orando a Dios y contándole su vida como si fuese la suya propia, puesto que se la había apropiado en esa solidaridad total que se da de hecho entre los hombres, como si fuese su propio pecado. De este modo, el posadero se encontró cara a cara con su vida, tal como la veía el mismo Dios. Su corazón se arrepintió y empezó una nueva vida.

Más tarde, preguntó a este mismo rabino cómo es que todos los que acudían a él terminaban siempre arrepintiéndose y cambiando de vida. La respuesta que dio fue la siguiente: «Cuando un hombre que acude a verme no se quiere arrepentir, yo desciendo paso a paso a lo más profundo de su pecado, y cuando he alcanzado el fondo de su alma, ato la raíz de mi alma a la raíz de la suya, y ya uno con él, empiezo a arrepentirme de nuestro pecado, no quedándome más remedio que arrepentirse conmigo, puesto que los dos somos uno.»

En el fondo, no podremos orar de verdad por los demás hasta que no nos sentemos a la mesa de los pecadores, como Teresa de Lisieux. Esto es consecuencia de nuestra unión con Cristo, que estaba también sometido a una doble presión: la de la gloria y la de las tinieblas del pecado. Entonces podemos gritar a Dios: «Desde lo hondo, grito a ti, Señor; escucha mi llamada.» Así como no podemos gritar a Dios sino a partir de la tragedia de

⁴ SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 65.

⁵ *Ibidem*.

nuestra existencia, dando a Dios un nombre propio, del mismo modo, es preciso compartir la tragedia de la vida de nuestros hermanos para orar en su nombre. Me acuerdo de un joven que se drogaba; un día se dio cuenta de que estaba a punto de hundirse en el abismo y me contaba así su experiencia de oración: «Aquel día, no oré, ¡le grité a Dios!»

Solidario de Dios, solidario de los hombres

La oración por el mundo es posible a partir de un fuerte lazo de comunión muy profundo con Dios y con nuestros hermanos. Deberíamos pensar en ello cuando decimos a alguno que vamos a pedir por él. Hay muchas personas que oran por otros, pero cuando un santo ora por sus hermanos, toma sobre sí la palabra de Job, «piel por piel», es decir «vida por vida». Como dice también Silvano: «Orar por los hombres quiere decir dar la sangre de su corazón.» El santo ora por sus hermanos de tal manera que los toma en su totalidad, sin rechazar nada de ellos; toma sobre sí el pecado mismo de sus hermanos como si fuera propio. Es una relación tal que se identifica con los demás. Cuando se ha compartido desde dentro la angustia de nuestros hermanos, ya no es cuestión de orar, es cuestión de gritar a Dios.

Se dice que santo Domingo gritaba de dolor y lloraba con abundancia de lágrimas, pues había recibido la gracia especial de comulgar con el sufrimiento de sus hermanos. Se preguntaba: «Oh, Dios, ¿qué va a ser de los pecadores?» He aquí lo que dicen las crónicas del siglo XIII a este propósito:

Dios le había dado una gracia especial respecto a los pecadores, los pobres y los afligidos. Llevaba sus desgracias en el santuario íntimo de su compasión, y las lágrimas, que salían a borbotones de sus ojos, manifestaban el ardor del sentimiento que devoraba su corazón. Pensaba que no sería miembro verdadero del cuerpo de Cristo hasta el día en que pudiera entregarse por entero, con todas sus fuerzas, a ganar el mundo para Dios.

Una vez más volvemos a la fuente de la oración continua, que no viene a incrustarse desde fuera como una necesidad que se

nos impone. Nace verdaderamente de nuestra comunión con Dios y de nuestra comunión con los hermanos. Para aprender a orar siempre, es preciso primero hacerse solidario de Dios, de su reino, de su gloria y al mismo tiempo hacerse solidario de toda la realidad del hombre, de su miseria y de su pecado, asumiéndolo totalmente. Una solidaridad así hace brotar en nosotros la oración de alabanza ante la gloria de Dios y la oración de intercesión ante el sufrimiento de nuestros hermanos, como lo expresa muy bien el prefacio de la misa del Espíritu Santo: «Asistiéndola siempre con la fuerza del Espíritu Santo, para que a impulso de su amor confiado, no abandone la plegaria en la tribulación, ni la acción de gracias en el gozo.»

En el fondo, esta solidaridad es el acto esencial que Jesús cumplió en la Encarnación. Sin perder su solidaridad con el Padre, con el que permanece siempre en comunión, dio un paso que le llevó al corazón del hombre y a todas sus situaciones trágicas, un paso del que no podrá ya volverse atrás nunca. De tal manera, que ya no se podrá hablar del hombre sin hablar de Dios, ni hablar de Dios sin hablar del hombre, porque en la Encarnación sus destinos han quedado inextricablemente ligados. Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, es totalmente solidario del hombre en su pecado cuando se vuelve hacia el Padre, y totalmente solidario de Dios cuando se vuelve hacia el hombre.

Es el cordero de Dios, tendido en el árbol de la cruz e inmolado por nosotros, es decir en lugar nuestro y en nuestro favor. No podemos seguir a Jesús sin subir al Gólgota e identificarnos con el cordero inmolado por la salvación del mundo porque el discípulo no es mayor que el maestro. Cristo quiere continuar en nosotros su pascua por el mundo. ¿Pensamos suficientemente en ello cuando celebramos la eucaristía y cuando comulgamos con el cordero traspasado? Por eso la oración traspasada de gritos y lágrimas forma parte de nuestra aventura espiritual.

Orar es realmente dar a Dios su propia vida. Es cierto que Jesús es el único capaz de interceder por nosotros transfigurando el mundo. Pero en los miembros de su cuerpo que son solidarios con él y solidarios también con sus hermanos, estalla este maravilloso poder de intercesión. En ellos Jesús intercede, rescata y transfigura:

El monje ora con lágrimas por el mundo entero y en esto consiste su obra especial. ¿Qué es lo que le empuja a orar por todo el mundo? Jesús, el hijo de Dios, que da al monje el amor en el Espíritu Santo. Y su alma siente una angustia continua por los hombres ⁶.

En este sentido, el hombre de oración vive una doble solidaridad que le hace extraño a los dos campos: es la situación cristiana de base (la disolución base, que diríamos en química). El hombre de oración manifiesta así ante Dios el rostro de Cristo que está continuamente intercediendo por nosotros: «siempre intercediendo por nosotros», dirá la carta a los hebreos. Su oración se parece a un grito enraizado en la angustia del pecado, un grito violento, largamente repetido, arrancando por la fuerza, por decirlo de alguna manera, la misericordia de Dios para con el mundo.

Ahí es donde se revela el verdadero amor por el hermano cuyo pecado y sufrimiento se sienten como propios. Los hombres de oración son columnas de la humanidad. ¿Quién se extrañará entonces de que revivan en su propia carne lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia? No lo que le falta en eficacia, pues todo ha sido obtenido por Jesús, sino lo que falta en profundidad y en longitud, para los hombres de todos los tiempos y del mundo entero.

Del mismo modo que estos hombres están fascinados por el rostro glorioso de Cristo, lo están también por su santa faz abofeteada y desfigurada. Una anciana enferma de un hospicio, me decía un día: «Ese grito de Cristo sobre la cruz, "tengo sed", me parece que resuena a cada momento en mi corazón.» Por amor de Jesús que ha abrazado la cruz, amamos el rostro del siervo que sufre.

Comprendemos ahora mejor que la oración no consiste en retirarse del mundo, en olvidar a nuestros hermanos y nuestra condición humana. Por el contrario, pensamos muy a menudo que la vida y la acción consisten en agitarse de manera febril. No es esto raro en las condiciones en las que nos toca vivir, en este dualismo que, en casos extremos, nos empuja a refugiarnos en la oración, separándonos de los demás, o a un activismo exagerado fuera de Dios. Que se dé en ello un descuartizamiento real, es normal e inevitable, pero la tensión no viene en primer lugar de nuestra situa-

⁶ SILVANO: *Ob. cit.*, pág. 55.

ción objetiva en el mundo, sino de nuestra condición de pecadores.

El ejemplo de Pablo es significativo a este respecto: no habla nunca de una tensión entre su estar con Dios y su estar con los hombres, y sin embargo ¿existe un ser más entregado al evangelio que él? Por el contrario, proclama muy fuerte que se siente desgarrado porque experimenta la lucha de dos hombres en su corazón (Rom. 7). Por otra parte, afirma que el hecho de anunciar el evangelio a sus hermanos constituye para él una verdadera oración, un culto espiritual. En el fondo, lo que busca en su apostolado, es poner a sus hermanos en contacto con Cristo resucitado, para que toda su vida se convierta en una oración, en un sacrificio espiritual (Rom. 12,1). Para Pablo anunciar el evangelio es una oración (Rom. 15, 15-16).

En él, la oración nace de dos fuentes: o de la admiración de la mirada puesta en la gloria de Dios, en su amor o en la persona de Cristo, o en la calidad de su mirada puesta en sus hermanos, en el mundo que le rodea, en el sufrimiento y en el pecado. La oración nace siempre de un corazón apasionado por la gloria de Dios o desgarrado por la miseria de los hermanos.

Cuando nos sentimos conmovidos por la trágica situación de los hombres que nos rodean, tanto por su pecado como por su miseria física o moral, entramos en la oración de Cristo:

Venga a nosotros tu reino...
Perdónanos nuestros pecados...
Libranos del mal...
No nos dejes caer en la tentación.

En esta sensibilización, o más bien en esta comunión profunda con la maravilla de Dios y la tragedia del hombre, es donde comienza la verdadera oración. Si sabemos unir así la vida a la oración, la contemplación de Dios a la mirada a los hermanos, ya no se separarán jamás, y «la vida será el combustible que, a cada instante, alimentará un fuego cada vez más rico y ardiente que nos transformará poco a poco en esa zarza ardiendo de la que habla la Escritura», como dijo A. Bloom a los jóvenes de Taizé.

Terminemos este capítulo con una historia cogida de los padres del desierto y que nos refiere una conversación del gran san Antonio con el pobre zapatero de Alejandría. Comprendere-

mos mejor cómo la comunión con la miseria de nuestros hermanos nos empuja a la oración continua. El gran asceta ha llegado ya a una elevada santidad, es pobre y ora siempre, pero sin embargo le falta lo esencial para llegar a ser un verdadero monje: el don de la oración por los hombres.

Estaba muy inquieto por su progreso espiritual porque un ángel le había presentado a un humilde zapatero de Alejandría como más aventajado que él, a pesar de sus heroicos esfuerzos. Desconcertado por esta revelación, Antonio se presentó inmediatamente en la ciudad de perdición, para escuchar de labios del pobre zapatero el secreto de su perfección:

—¿Qué cosa extraordinaria puedes hacer tú para santificarte en un medio semejante?

—¿Yo? Hago zapatos...

—Sin duda alguna. Pero debes de tener algún secreto. ¿Cómo vives?

—Divido mi vida en tres partes: la oración, el trabajo y el sueño (los tres ochos de nuestros días).

—¡Bah! Yo rezo todo el día... no debe estar en esto. ¿Y la pobreza?

—Otras tres partes: una para la Iglesia, otra para los pobres y otra para mí.

—Si yo lo he dado todo... Debe haber otra cosa. ¿No la ves?

—No.

—Y ¿llegas a soportar a esas personas que no saben distinguir su mano derecha de la izquierda y que irán con toda seguridad al infierno?

—Ah, a eso no puedo acostumbrarme... No, no lo soporto; me turba demasiado y pido a Dios que me haga bajar vivo al infierno, pero que ellos se salven.

San Antonio se retiró de puntillas diciendo: «Evidentemente, comprendo... y confieso que yo no he llegado a tanto.»

Conclusión

Al acabar estas páginas, algunos como esa religiosa que se encuentra actualmente en el desierto y que vive, sin saberlo, una oración verdaderamente mística, me dirán: «¡Todo lo que usted escribe sobre oración es para los principiantes, pero una vez franqueadas las primeras moradas, en el momento en que se sale de la noche, nos quedamos sin guía y no sabemos qué hacer!» Me dan ganas de contestarles: «No hagan nada. ¡Déjense hacer!» Los Padres nos dicen que existe un tipo de oración que es la de Dios en nosotros, a propósito de la cual ya no pueden decir nada porque es enseñada por el Espíritu.

Llegado a este punto, tengo plena conciencia de haber captado y de parecerme a un planeador que, para elevarse en el aire, busca las zonas de depresión en las que podrá lanzarse. Existe una oración razonable de la cual se ha dicho ya casi todo. Pero hay una actitud de oración del hombre que ha sido invadido por la oración y todo lo sacrifica a ella. Todo esto los místicos lo saben muy bien, pero esta oración (todavía humana) no les va porque es un asunto de «reptiles» y ellos ya han despegado. Su avión ha franqueado la barrera del sonido.

Su problema no es hacer esfuerzos para orar sin cesar o para amar a Dios hasta la locura, sino enfrentarse con la oración de Dios que les invade y les sumerge. Todo ello sobrepasa las normas de la razón. No se trata ya de orar siempre, sino de hacer frente a un huracán que fascina, que se parece al soplo impetuoso de Pentecostés; no se trata ya de la medida humana de orar a Dios, sino de la medida divina de orar del hombre. El que percibe esta ora-

ción de Dios en él, aguanta lo que puede, y comprende lo ridículo de sus esfuerzos y de sus deseos pasados por llegar a la oración continua. Se deja llevar por la ola y que suceda lo que Dios quiera... Necesitará la flexibilidad del Espíritu —«suaviza lo que es rígido»— para soportar tal marejada y dejarse llevar por una oración que no comprende y de lo cual se alegra.

En efecto, este más allá de la oración sobrepasa los límites de la comprensión, y el hombre parece entonces sumergido en una nube más tenebrosa que la que guiaba a los hebreos por el desierto. He oído a menudo la queja de una religiosa con la tez muy morena por el duro sol de las purificaciones; en ciertos días este pesado silencio de Dios es insoportable y el corazón se encuentra como envuelto en una capa de desesperación. Se siente a Dios como terriblemente ausente, a nivel de la conciencia, pero existe una especie de nervio conductor muy misterioso que hace sospechar su presencia más acá o más allá del sufrimiento. Sí, hay un más allá de la oración..., pero es de noche:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.

Aquella eterna fonte está escondida,
qué bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche.

[En esta noche oscura desta vida,
qué bien sé yo por la fe la fonte frida
aunque es de noche]

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen della viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede,
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

[Bien sé que tres en sola una agua viva
residen, y una de otra se deriva,
aunque es de noche]

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fonte, que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche ¹.

Al terminar este libro, tengo conciencia de que hablar sobre oración es una torpeza, pero no hablar hace dudar de la realidad de los sentimientos que intentan subir hacia Dios. Tengo también conciencia de las ambigüedades y de las deformaciones de la oración. Desde hace varios años, escribo y hablo sobre la oración y

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cantar de la alma que se huelga de conocer a Dios por fe*. B.A.C., Madrid, 1978, 10.ª ed., págs. 384-385.

se muy bien que es algo muy distinto de lo que digo con palabras insuficientes, corriendo el riesgo de emplear una y otra vez las mismas fórmulas. Las ciencias humanas pueden explicarme, con resultados muy precisos, el mecanismo de mi oración, pero no pueden reducir a polvo este soplo vital que es mi razón de existir y la alegría de orar de tantos hombres y mujeres, que se encuentran bajo cielos distintos. Sólo el poeta habla bien de este más allá de la oración, y como san Juan de la Cruz, nos introduce en un universo distinto —el de la noche— porque da relieve y libera a un mundo chato.

Cualquier palabra sobre la oración, como la música o un poema, es finalmente una invitación al más allá del silencio. Los más bellos libros sobre la oración deben desembocar en la adoración de lo que es incomprendible e inefable: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó.» (1 Cor. 2,9).

Los que tienen experiencia de esta oración misteriosa, y no saben hablar de ella, sienten ganas de decir a los teólogos psicoanalistas que describen las ambigüedades de la oración, según principios por otra parte muy verdaderos, que guarden su ciencia para ellos y los dejen en paz orando silenciosamente al abrigo de sus discusiones e interpelaciones, orando no en virtud de una iniciativa personal, sino llevados por la oración de otro que se escapa totalmente y que les cerraría definitivamente la boca, como a Job, si tuviesen la menor sospecha. Una oración así permanece rigurosamente ininteligible a los «reptiles»; es «escándalo para los judíos y locura para los griegos» (1 Cor. 1,23).

Mientras hablamos de cosas humanas, como las de este libro, podemos creer en la importancia de lo que se dice, pero sobre Dios y la oración del Espíritu en nosotros, lo que es interesante, es que no se diga nada, de lo que no se ve, de lo que no se sabe. Esta zona impensable no es en absoluto objeto de reflexión, sino de contemplación; es una especie de interrogación, de prolongado grito silencioso: «¿Dios mío, tú quién eres?» O como ese grito de santo Domingo: «¿Qué será de los pecadores?» Un sacerdote de Roma preguntaba a san Benito Labre sobre el misterio de la Trinidad; y éste balbuceó llorando: «La Trinidad, no sé... no sé... pero es grande... ¡muy grande!»

Tendríamos que hablar de esto como lo han hecho los Padres de la Iglesia, san Juan de la Cruz o santa Teresa de Avila, para que lo que digamos valga la pena. Pero aunque decían cosas muy her-

mosas en seguida se apresuraban a olvidarlas, pues miraban a otra parte. Y por eso precisamente decían cosas tan hermosas. Cualquier palabra sobre la oración nos lleva al umbral del misterio, allí donde ya no existen caminos trazados y donde sólo el Espíritu nos hace escrutar el secreto de las profundidades divinas.

«Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales» (2 Cor. 2, 12-13).

Anexo I

La valentía en la oración

El secreto de la paz del corazón, del progreso en la vida espiritual, está en la santa valentía de la oración. Digo valentía, pues sé que cuesta abandonar los pensamientos y las reflexiones: es la abnegación, la renuncia.

Se desea reflexionar, darse cuenta. Dios que nos ha colocado aquí abajo en estado de fe, quiere que oremos por encima de todo ello. ¿En qué pasaje del evangelio se dice que pensemos o que razonemos? Al contrario, nuestro Señor nos dice de todas las maneras posibles: «Todas vuestras preocupaciones, arrojadlas, esta es la palabra, arrojadlas en Dios.»

Orar es una cosa muy sencilla, pero la más difícil, la más rara. Dadme un alma de oración, o mejor dadme el alma más imperfecta, si esta alma sabe lanzarse a la oración, si sabe cambiar sus penas en oración, estoy seguro de que su nombre está escrito en el cielo. Se da en esta alma disposición para la oración, por tanto tiene disposición para adquirir las grandes virtudes. Todas las virtudes, todos los bienes, están en la oración; sí, ahí está la paciencia, ahí está el celo, ahí está la lucha, ahí está la fuerza, ahí está la paz, la vida mortificada, la vida sacrificada, la vida paciente y humilde; todo está ahí. ¿Buscáis penitencias?, tomad ésta. Cuando tengáis ganas de pensar, poneos de rodillas y decid: «No pensaré, oraré»; ahí está la cruz, el crucifijo de vuestro interior. La naturaleza se rebela porque en algunos momentos tiene horror a la oración; pero, ¿tenemos necesidad de más ejemplo que el de nuestro Señor en el huerto de los Olivos? ¿Qué hace? Se postra rostro en tierra, sumido en agonía, prolonga su oración... Humillaos, per-

severad como nuestro Señor. Estás agitado, turbado, tienes horror a la oración, ¿hay que razonar?... No, hay que ponerse de rodillas, con tedio, disgusto, orar contra uno mismo.

Tienes necesidad de refugio, de apoyo..., ¿dónde lo encontrarás? ¿en tus razonamientos? Ahí es dónde se mete el demonio, donde trabaja la debilidad; es el taller de dónde salen todas las faltas. Deja todo eso, ora, esfuérate, violéntate para salir de ti mismo. Hace falta mucho valor para cambiar en oración tus impresiones, pero acostúbrate a ello. Cuando se tiene un trabajo, hay que hacerlo por la oración. Algunas veces hay que hablar, escribir, y no encuentras nada; no puedo hacer nada... haré oración, luego trabajaré y llegaré. Di de una vez para siempre: que suceda lo que suceda, no te perderás en tus desalientos ni en volverte sobre ti. Cuando mi alma esté agitada o tentada, al punto dejaré a un lado mis pensamientos para lanzarme a la oración, como un perro se echa a nadar, como se corre para ponerse a salvo. Pero ¿dónde corres? No lo pienses, di: voy a orar.

Cuando sientas la tentación de dejarlo todo, acude a la oración. Pero la oración es una fuerza que no poseemos; hay que orar para saber orar, y decir como los apóstoles a nuestro Señor: «Señor, enséñanos a orar.»

Padre de Ravnignac, 1795-1858

Anexo II

«Padre, ¿quién te ha enseñado la oración continua?»

Máximo, un santo griego del siglo IV, escuchó un día en la iglesia el pasaje de la carta de san Pablo, en la que el apóstol recomienda orar sin cesar. El joven se impresionó tanto, que pensó que no había nada mejor que seguir este consejo. Salió de la iglesia, se fue a los montes cercanos y se impuso el deber de orar continuamente. Como cualquier aldeano griego de su época, conocía el padrenuestro y unas pocas oraciones más. Empezó pues, a recitarlas sin parar. De momento, se sintió muy feliz. Oró, estuvo con Dios y encantado; todo parecía maravilloso hasta que, gradualmente, el sol desapareció en el horizonte; el frío y la noche no tardaron en hacerse presentes y, con la noche, se dejaron oír una serie de ruidos inquietantes: crujido de ramas bajo las patas de las fieras de ojos brillantes, luchas entre las bestias salvajes en las que las más fuertes matan a las más débiles, etc. Se sintió entonces verdaderamente solo, una pobrecilla criatura en un mundo en el que reina el peligro, la muerte, la carnicería; comprendió que estaba perdido si Dios no venía en su ayuda. Dejando a un lado el padrenuestro y el credo, hizo lo mismo que Bartimeo y gritó: «Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí.» Gritó de esta manera toda la noche, pues las fieras y sus brillantes ojos no le permitieron pegar ojo. Cuando apuntó el alba y todas las fieras salvajes volvieron ya a sus guaridas, se dijo: «¡Ahora, voy a poder orar!», pero sintió de pronto hambre. Quiso coger frutos, se acercó a los setos pero pensó que podían ocultar ojos brillantes y uñas aceradas. Avanzó pues, con prudencia repitiendo a cada paso:

«Señor Jesucristo, sálvame, ven en mi ayuda, sálvame, Señor, ven en mi ayuda, protégeme.»

Años después se encontró con un asceta muy anciano y de mucha experiencia que le preguntó cómo había aprendido a orar sin cesar. Máximo le respondió: «Creo que ha sido el diablo el que me ha enseñado.» El anciano le dijo: «Creo entender lo que quieres decirme, pero quisiera estar seguro de no engañarme.» Máximo le explicó cómo se acostumbró poco a poco a los ruidos y a los peligros del día y de la noche. Luego cómo vinieron sobre él tentaciones, tentaciones de la carne, tentaciones del alma, de la sensibilidad y, un poco más tarde, ataques más violentos del demonio. En fin, que no había un solo instante, del día o de la noche, en el que no tuviera que estar llamando a Dios y gritando: «¡Ten piedad, ten piedad, socorro, socorro, socorro!»

Luego, un buen día, al cabo de catorce años, se le apareció el Señor; en el mismo instante se adueñaron de él la calma, la paz y la serenidad. No le quedó ningún temor de las tinieblas ni de las dificultades ni del diablo: «Había comprendido, por fin, —continuó Máximo— que hasta que el mismo Señor no interviene, soy, irremediablemente, totalmente, impotente. Por eso aun en medio de la serenidad, de la paz y de la alegría, he seguido diciendo: “Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí”. Aprendí que sólo hay paz de corazón, apaciguamiento de la carne y rectitud de la voluntad en la misericordia divina.»

Mon^s. Antoine Bloom
L'école de la prière, 1972, págs. 102-105